

MARQUÉS DE VILLA-FUERTE

---

EL  
PRESO DE CASTELNOVO

---

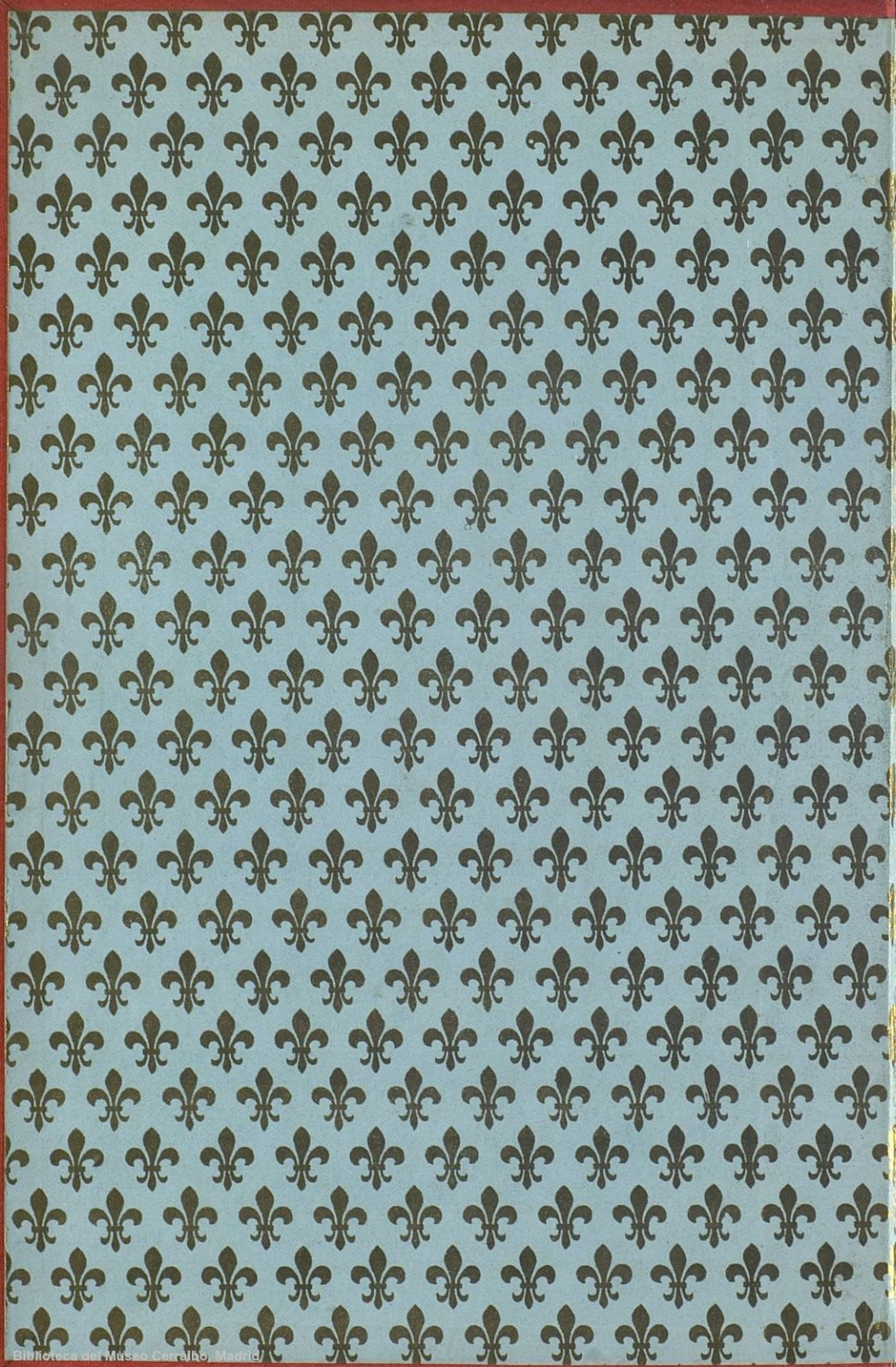
LA  
TRADICION DE UNA ALDEA

---

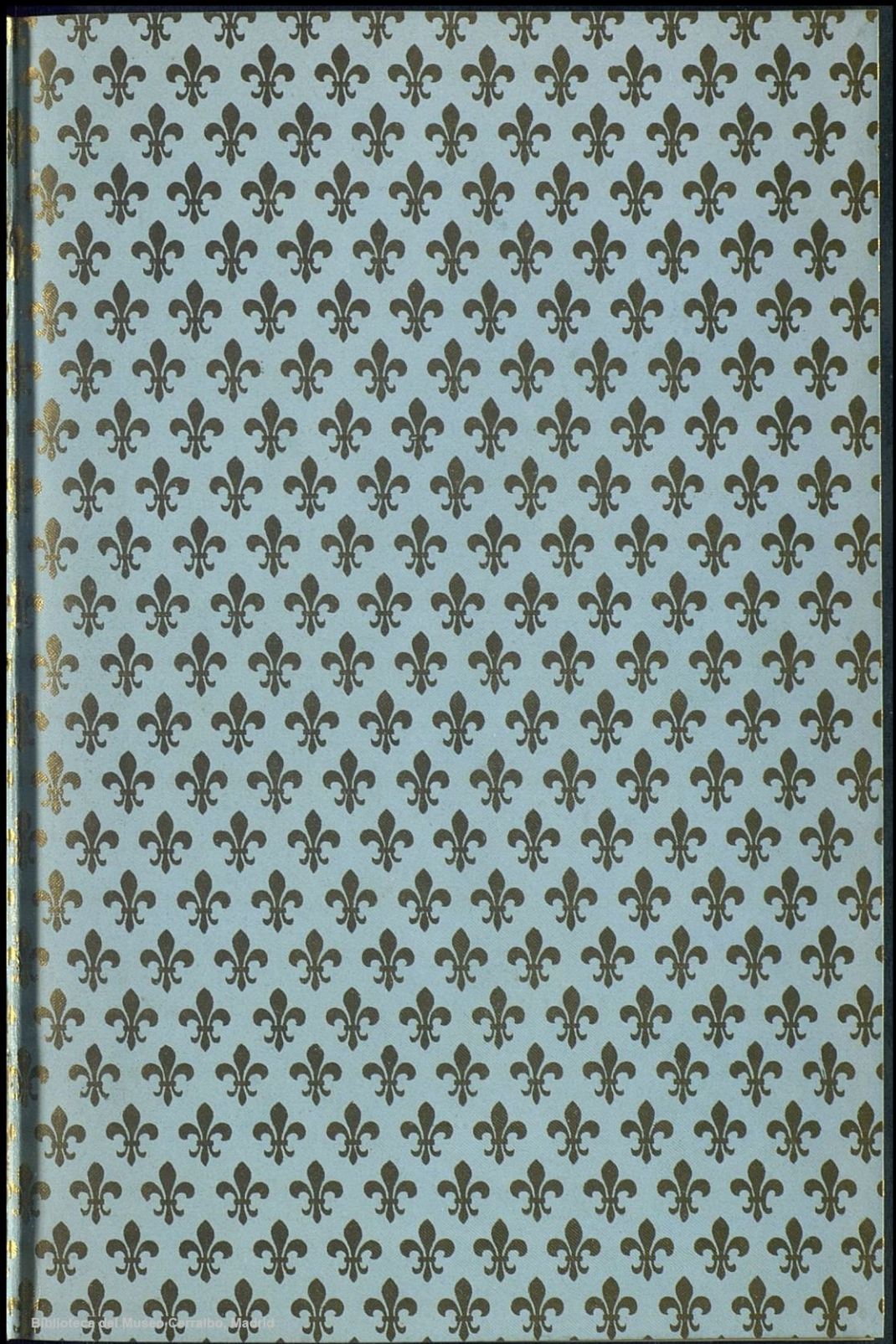
LUIS Y REGINA















EL PRESO DE CASTELNOVO

---

LA TRADICIÓN DE UNA ALDEA

---

LUIS Y REGINA





EL PRESO DE CASTELNOVO

LA TRADICIÓN DE UNA ALDEA

LUIS Y REGINA

NOVELAS

POR

DON ANTONIO MARÍA DEL VALLE Y SERRANO

MARQUÉS DE VILLA-HUERTA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

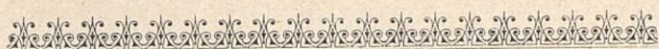
IMPRENTA Y LIT. DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5

1892







## PRÓLOGO

---

Si puede considerarse el prólogo como una explicación del fin que el autor se propuso al escribir el libro y de las circunstancias que precedieron y motivaron su obra, natural me parece dar aquí á conocer las razones que me deciden á publicar nuevamente hoy mis primeros trabajos literarios.

En los albores de mi juventud, en esos felices tiempos de la vida durante los cuales todo en el porvenir es esperanza, en la imaginación poesía y en el pecho generosos entusiasmos, compuse las tres novelas que, reunidas, forman este volumen.

Todavía no era llegada la edad de las grandes y duraderas pasiones que más tarde agitan



y conmueven el alma; pero en cambio ya despuntaba la aurora de una nueva y espléndida vida, brindando á vivir y á gozar.

Y sin embargo, como el lector ha de ver, puse mi pluma al servicio de la constancia, abnegación y sacrificio, quizá porque á mi naturaleza repugna lo voluble y lo egoísta, ó tal vez porque la diosa de la melancolía tocó mi frente.

Por aquel entonces varios amigos entusiastas por las bellas letras nos propusimos fundar una Sociedad literaria. La idea fué bien acogida; estableciéronse las bases, y poco después nos reuníamos ya el suficiente número de socios para hacernos concebir risueñas ilusiones en nuestra poética empresa, que pensábamos habría de ser, no sólo gloriosa, sino largamente duradera.

Apellidamos á la nueva Sociedad *La Alborada*, teniendo en cuenta para llamarla así, no sólo nuestra edad, sino también el albor de nuestras aficiones poéticas.

Poco á poco el número de socios fué creciendo, y de este modo lo que comenzó por modesta reunión de unos cuantos estudiantes llegó á convertirse, después de algunos meses, en Sociedad formal, con su Reglamento, su Junta directiva y sus semanales conferencias, celebrándose éstas alternadamente en casa

de aquellos de los socios que á ello nos brindamos.

En esas veladas leíanse y se discutían composiciones y temas artísticos y literarios; quedando solamente prohibido todo aquello que tuviera relación con la política del día ó palpitante, como hoy se dice. Y, sin embargo..... el hombre propone y la política dispone en nuestro país.

Poco á poco, ora bajo la forma de literaria alabanza ó censura á personajes tan políticos como históricos, ora so color de protestas contra la Junta por la mayor ó menor libertad que permitía en el debate, fueron destacándose las dos inevitables tendencias de toda moderna asociación. Agrupáronse á derecha é izquierda de la mesa presidencial los distintos bandos por el orden de sus inclinaciones, y alzando al fin la malhadada política su voz de discordia, comenzó la lucha que muy pronto había de dar en tierra con Sociedad tan bien formada como amistosamente concebida. Aún recuerdo que la sesión más tumultuosa, y la que dió el golpe de gracia á nuestras esperanzas, tuvo lugar en la casa en que hasta hace poco he habitado. Una oda á Felipe II y una formidable protesta del contrario bando inició la batalla. El resultado fué la dimisión en masa de la hueste más avan-



zada en ideas, y la consunción primero, y poco después el fin completo de la Sociedad.

Distinguidos poetas, elocuentes oradores, políticos de talento, publicistas y periodistas afamados hoy, fueron socios de *La Alborada*. Hasta el presente, sólo falta para su fama el nombre de un Ministro; pero todavía no es tarde. Alguno de nuestros antiguos consocios á punto ha estado de serlo, y de todos modos, lo que esta omisión significa es que son jóvenes, lo cual nunca puede ser un motivo de pena.

Pues bien; en uno de los más tranquilos y florecientes períodos de nuestra querida Sociedad se ideó, y se llevó á cabo por su Junta directiva, la apertura de un certamen literario con sus correspondientes premios, su jurado, sus pliegos cerrados con sus lemas de rigor en tales casos, y la designación, no del asunto, que quedaba enteramente á elección del aspirante, sino del género, que había de ser novela, y ésta corta y de asunto histórico.

Nuevo yo en tales lides, preparéme, sin embargo, á luchar: presenté la mía, y la benevolencia del jurado me concedió el primer premio. Esta es la historia de la primera novela que va en este tomo.

Para desarrollar su argumento elegí en la romántica historia del siglo xvi el último epi-



sodio de la vida azarosa y aventurera del conquistador de Bugía y de Trípoli, permitiéndome inventar una sencilla trama amorosa, que no me pareció inverosímil dado el carácter de tan legendario Capitán.

Disuelta *La Alborada*, no por eso abandoné el ejercicio de mis predilectas aficiones. Un poco más tarde, y á la par que emprendía varios trabajos en prosa y en verso, publiqué mi segunda novela, completamente original y ajena á todo asunto histórico.

Como teatro de mi corto drama escogí uno de los ocultos y pequeños pueblos que nacen, viven y mueren ignorados entre las ásperas sinuosidades del enriscado Pirineo, cuyas nevadas cimas dominan las más altas tormentas y cuya profunda y atrevida base descansa quizás en el límite mismo de la corteza terrestre.

En esas grandiosas soledades, donde los colosos de granito señalan el espacio como diciendo al hombre que lo más grande, lo más majestuoso y lo más puro es aquello que más nos acerca al cielo, parecióme lugar á propósito para el idealismo de una pasión humana, gobernada por la divina.

Por último, la tercer novela, la que finaliza este libro, también la escribí por entonces. Y



he de confesar que, no sólo la tengo por la mejor, sino por la más querida, pues siendo copia fiel de mis sentimientos, al trazar las escenas, al escribir el diálogo y al exponer las reflexiones, parecíame que no hacía mi pluma sino como repetir los ecos de mi corazón en sus ensueños idealistas.

Y siempre he pensado que, para prestar vida, interés y verdad á los seres que crea nuestra mente, no puede escogerse mejor camino que hacerles sentir lo que sentimos y pensar lo que pensamos.

Estas, que son mis convicciones, impulsáronme á escribir, siguiendo un rumbo diametralmente opuesto al preconizado y aplaudido por la moderna escuela naturalista: pero como es satisfactorio reconocer que hoy ya comienza á iniciarse una saludable reacción en favor de la salvadora escuela del ideal, inspirándose en la sublimidad de los sentimientos que purifican el alma, agigantan la idea, glorifican los impulsos y ennoblecen las acciones, creo oportuno el momento de resucitar escritos que buscan sus asuntos y escogen sus protagonistas entre las nobles y generosas excepciones.

Para concluir, si á falta de otras cualidades encuentra el lector en mis modestas novelas algo de espontaneidad y de sentimiento, será

muy grande mi satisfacción, pues siempre he creído que en las obras de la fantasía es preferible hacer sentir á obligar á pensar, ya que, siendo la novela un sueño, en los sueños más parte toma el corazón que la inteligencia.







EL PRESO DE CASTELNOVO

---

NOVELA HISTÓRICA







# EL PRESO DE CASTELNOVO

NOVELA HISTÓRICA

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### **Impresiones.**

Tocaba á su fin el año del Señor 1528. Era una espléndida noche de invierno. La populosa ciudad de Nápoles, destacándose severa con sus altos torreones y profundos fosos bajo el azul poético de la Italia Meridional, presentaba el extraño contraste de la habitación del guerrero, negra y silenciosa, rodeada por un manto celeste orlado de mil estrellas. El mar bañaba blandamente la ciudad, entonces española, y el abrasado Vesubio coronaba con su humeante penacho el teatro de tantos combates, la escena de tantos hechos heroicos. La campiña, antes tan risueña, presentaba entonces distinto



aspecto. La tristeza se reflejaba en sus campos agostados, en sus llanuras sin verdor. La huella del guerrero había borrado la vida y animación del país clásico de los deleites, y sólo ruinosas y desiertas casitas, esparcidas como moribundas palomas por la vega, atestiguaban su anterior florecimiento. De las mil y mil pintadas aves que pueblan los países del Mediodía, sólo los voraces y pesados buitres buscaban en las desiertas tierras restos sangrientos, mortales despojos. El sitio de Nápoles por Lautrec acababa de levantarse; no era, pues, extraño encontrar opípara y repugnante comilona para los pájaros que viven de la muerte.

Allá entre los altos torreones de Nápoles descuella uno, majestuoso é imponente. Su inmensa mole se adelanta cual gigante desafiando el poder de los cañones y bombardas. Es el poderoso fuerte de Castelnuovo, donde se custodia á los reos de Estado. Las fuertes rejas de sus aposentos hacen imposible la fuga. La altura de sus ventanas atemoriza al que imprudentemente quisiera adquirir la libertad. Por eso los centinelas se pasean confiados por los caminos de ronda que circundan la torre, y la consigna les permite de vez en cuando pararse á escuchar las conversaciones de sus compañeros de guardia, que ora ponderan los hechos de un



gran caudillo, ora recuerdan tristemente las imágenes queridas de quienes inmensa distancia les separa.

Mas dejemos á los soldados relatar sus aventuras; abandonemos la campiña, y con la libertad del escritor trasladémonos al interior del castillo, á uno de sus aposentos. Éste es triste y pequeño. Sus desnudas paredes y ancha ventana embotada revelan ser una prisión, y, sin embargo, la puerta entreabierta es indicio suficiente de que allí reside un caballero y que su palabra de honor, que vale por cien cerrojos, deja en relativa libertad al prisionero. Dos personas se hallan conversando. El uno de edad viril, de rostro moreno, nariz aguileña, facciones pronunciadas, ojos negros, vivos como el relámpago, y negra barba, en la que se distinguen algunas hebras de plata, indicio de prematura vejez. El otro de más edad, de tez tostada, ojos azules y cabello entrecano. El primero dejaba adivinar en su porte el valor indomable; el segundo era uno de esos tipos que nada dicen, que lo mismo pueden ocultar un gran genio que una medianía; tipo, en fin, que sólo nos hace admirar el renombre de la fama, si el que lo lleva se llama César ó el Cid.

— Por cierto, Capitán Navarro, que os veo triste y meditabundo — decía el de traza ambi-



gua cuando empezamos nuestro relato.—¡Quién dijera que este es el caballero valiente en la pelea como ninguno, como ninguno generoso en la victoria, cuya fama, corriendo de boca en boca, llegó á este castillo mucho antes que vuesa merced entrase en él después de la famosa batalla de Aversa! Dejad, señor caballero, ese aspecto melancólico, impropio de vuestra energía y que tan mal sienta en los hombres de guerra. No me hagáis sospechar que en este castillo no se os proporcionan las comodidades que yo, como Gobernador de él, he mandado que os tengan; pues si así fuese, juro á Dios que el que me ha desobedecido será mañana ahorcado de una almena, sin que nadie ni nada pueda salvarle.

— ¡Qué queréis! — respondió el interpelado; — nosotros, los que amamos el aire, la libertad, el ambiente de las batallas, no podemos acostumbrarnos á vivir entre cuatro paredes, por más comodidades que nos proporcionéis, señor Alcaide Icart. Pedro Navarro nunca podrá contentarse con hacer una vida de cartujo; porque, os lo repito, el que ha sido llamado *Roncal el Salteador*, buenas pruebas debe haber dado de su amor al campo, á la libertad, para estar contento pudriéndose en esta estrecha habitación, donde hasta el aire se respira con tasa.

—No hay otro remedio, señor Capitán,—repuso el nombrado Icart.—Sois mi prisionero <sup>1</sup> y es preciso tener paciencia. En poco estimaría mi cabeza si no vigilase con cuidado al famoso Conde de Oliveto; de seguro, si os dejase escapar, me colgarían bien pronto, y mi pobre hija quedaría abandonada.

—¡Oh, señor Alcaide! ¿Conque tenéis una hija? ¡Qué callado lo habéis! Por Dios, que quisiera verla.

—Sí, tengo una hija tan bella como su madre, que santa gloria haya, y tan buena y tan dulce, que es mi mayor consuelo. Y para que veáis lo que os estimo, señor Navarro, voy á presentaros mi tesoro.

Y el buen Icart, levantándose, salió, volviendo al poco rato con su hija, hermosísima joven de unos diez y siete años, de ojos azules como el cielo, cabello rubio como el oro, alta, esbelta; un tipo, en fin, como sólo el amor puede idear.

A su vista, el Capitán Pedro Navarro, el famoso Conde de Oliveto <sup>2</sup>, quedó admirado de

1 Pedro Navarro, huyendo á la ingratitud de los suyos, se pasó á los franceses, fué cogido en Aversa por las tropas imperiales y enviado prisionero á Castelnuovo de Nápoles.

2 Fernando V le concedió este título por sus hazañas en la toma de Nápoles.



tanta belleza. Amante como guerrero, muchas bellas mujeres se habían doblegado á sus deseos; pero nunca, en su larga carrera por el mundo, encontró hermosura tan perfecta.

El padre, entre tanto, gozaba de su admiración, y la muchacha, con los ojos bajos, sabía, sin embargo, el efecto que causaba, porque una sonrisa medio dulce, medio picaresca, retozaba por sus encantadores labios.

— Saluda, Inés, á nuestro prisionero el señor Capitán Conde de Oliveto, el famoso héroe de tantas batallas y de tantas victorias, el más valiente entre los valientes — dijo el Alcaide dirigiéndose á su hija con sonrisa paternal, á tiempo que el Conde exclamaba: — ¡Preciosa niña!

Entonces la virgen rubia alzó los ojos, y fijándolos en los del Capitán mientras hacía un ligero saludo, se sonrojó visiblemente; y no era extraño. Criada de una en otra fortaleza, con un padre que la guardaba como se guarda un tesoro codiciado, á la primera mirada de un hombre tan famoso por su valentía como gallardo y noble, sintió latir su corazón con violencia y que un ardor desconocido germinaba en su pecho.

Un momento después el Conde, á fuer de galante, aproximóse, é inclinándose la besó res-

petuosamente una de sus nacaradas manos, que ella, turbada, le abandonó.

La entrevista, desde entonces, cobró nueva animación; el Capitán estuvo amable y decidor, contando varias de sus proezas; la niña escuchábale admirada, y cuando después de larga plática se separaron, Inés y el Conde comenzaban ya á sentir allá en el fondo de su corazón ese desasosiego delicioso precursor del cariño.

---





## CAPÍTULO II

### **El rayo.**

Pasaron los días; y á compás de las palabras, primero de admiración y después de amor, que la prodigaba el Conde en sus frecuentes entrevistas, el cariño de Inés se aumentaba por momentos. Su virgen corazón se había rendido ante el fogoso entusiasmo del Capitán; y así como la tierna florecilla se inclina al suave contacto de la brisa, así su alma era llevada en alas de su amor al recuerdo constante de Pedro Navarro.

Éste, á su vez, sorprendíase muchas veces pensando en la hija del Alcaide. Si era cariño verdadero ó simple afición, difícil es averiguarlo en un hombre cuya historia amorosa doblaba ya sus últimas páginas: sea lo que fuere, su pensamiento encontraba siempre aquella imagen encantadora en el fondo de su corazón.



Una noche tormentosa el mar mugía con rudo acento; los truenos y relámpagos se sucedían sin interrupción sobre el horizonte de la hermosa campiña de Nápoles.

Pedro Navarro se asomó á la ventana de la torre; sus ojos, chispeantes de alegría al contemplar la tempestad, parecían gozarse en el desequilibrio de los elementos. Desde su prisión asemejaba al genio maléfico dirigiendo el imponente concierto.

De pronto óyese un violento estampido. La reja se destroza por fuerza invisible. El rayo, señor de la tempestad, penetra en la prisión del Conde.

A su estruendo el pecho de éste late con fuerza; su sangre toda afluye al corazón; su fisonomía queda blanca como la de una estatua, y faltándole el aliento, cae cual cuerpo muerto junto á la ventana rota.

Un instante después la puerta rechina sobre sus goznes; ábrese y, cual visión celestial, una mujer aparece; rubios son sus cabellos, azules sus ojos. Su dulce y cándida hermosura la asemeja á los ángeles del Paraíso; mas sus ansiosas miradas descubren bien pronto á la enamorada Inés.

Es ella, sí, que obedeciendo sólo á la voz de su corazón amante, y presintiendo alguna ho-



rrible desgracia al ver por entre las celosías de su habitación penetrar en la torre de su amado prisionero la destructora centella, acude, despreciando los consejos de toda prudencia, en auxilio del Conde.

Vuela á su lado, y con cariñosa solicitud emplea cuantos medios encuentra para reanimarle.

— ¡Dios mío — prorrumpe acongojada — volvedle á la vida!

Y como si el Cielo hubiese oído su plegaria, Pedro Navarro hace un movimiento, abre los ojos débilmente, un suspiro se escapa de sus labios y vuelve en sí poco á poco. Primero mira asombrado en su derredor, contempla atónito la celestial aparición; pero bien pronto, recuperando toda su entereza, da un grito de alegría, y levantándose con un movimiento rápido, cae de rodillas delante de su salvadora: es que ha comprendido el amor de aquella muchacha en su postura, en su turbación, en su mirada.

— ¡Inés mía — prorrumpe — tú eres mi ángel de salvación; á tí te debo el vivir; á tí, tan bella, tan hermosa! ¡Oh, te amo! Y su boca, encontrando su mano temblorosa, deposita en ella sus labios ardientes.

— ¡Capitán, por Dios! — responde Inés tur-



bada. — ¿Qué hacéis, qué intentáis? Estábais moribundo, he venido á salvaros; ahora ya me voy, que os veo libre de peligro.

Y haciendo un esfuerzo, intenta desprender su mano de la del caballero; pero éste, enamorado de tanta belleza, se levanta, la coge por la cintura, la atrae á sí y delirante la estrecha contra su pecho.

Al ruido de la tempestad, que brama más fuerte, se une en este instante el acento atornador de un hombre que aparece en el umbral de la puerta.

— ¡Ira de Dios! ¿Qué hacéis? — prorrumpe con reconcentrada cólera el Alcaide Icart, desenvainando de un golpe su espada y adelantándose para castigar al atrevido.

A su vista Pedro Navarro deja caer sus brazos y retrocede; quiere disculparse, pero su osadía á las claras se revela. Inés, palpitante, sonrojada, con las manos juntas, como implorando compasión, puede dejar sospechas á un padre querido sobre la lealtad del caballero; su honor se rebela á esta suposición. Su amor por la joven se junta también al anterior motivo para decidirle:

— Alcaide Icart—dice pausadamente—vuestra hija es pura, inocente, os lo juro. Está aquí porque ha venido á salvarme. Yo la amo, la

adoro como no he amado á ninguna mujer. Vos podéis hacer nuestra felicidad. Señor Gobernador; soy noble, afamado, dicen que valeroso: ¿tendréis inconveniente en concederme la mano de vuestra hija?

A estas inesperadas palabras, Icart trueca su ira en asombro; tal alianza, lejos de desfavorecerle, le enaltece. El Capitán había adquirido tantos merecimientos, que sin duda su libertad no se haría esperar del magnánimo Carlos V.

— Conde — dice con acento menos severo — mi hija es el apoyo de mi vida; mas, si ella quiere, bien sabe Dios que sólo deseo su felicidad.

Inés, que ocultaba la vergüenza y rubor de su rostro entre sus manos, levantó su hermosa cabeza. Las lágrimas enturbiaban sus ojos. Un sí, apenas perceptible, se dejó oír. Su padre, entonces, conmovido, alargó su mano á Pedro Navarro; éste se la estrechó. Poco después los dos enamorados concertaban su próximo enlace. Icart, grave, pero contento, disponía en su mente los preparativos de tan solemne acto.

Todo era felicidad y ventura en la torre. ¡Dichoso rayo, que con su estruendo había producido tanta dicha!





## CAPÍTULO III

### La boda.

Llegó el día de la boda. Todo era fiesta en el Castillo, todo alegría y regocijo. Los soldados, agrupados en torno del más hablador de la compañía, escuchaban atentos contar el más importante é inmediato suceso: la boda del Conde con Inés. La escena del rayo era comentada de muy diversos modos. No faltaba quien la atribuía una malicia que no había tenido, según hemos visto.

A su vez los Oficiales, carceleros, criados, pajes, y hasta la ciudad entera, participaban del común regocijo. Era tan gran Capitán el Conde de Oliveto que, no obstante ser un prisionero, su figura aparecía en primer término. Por esto su boda tenía á todos en suspenso; quién le consideraba ya en libertad; quién suponía que su arresto obedecía á un pasajero castigo del Emperador; sólo algunos espíritus



desconfiados, mirando en lo pasado su defec-  
ción á los franceses y su captura en Aversa,  
auguraban mal de su futura suerte; pero el nú-  
mero de estas personas era tan contado, que  
apenas empañaban con sus presagios el her-  
moso cielo de la satisfacción general.

Entre tanto Pedro Navarro se preparaba  
para la ceremonia. Un lujoso traje de tercio-  
pelo negro hacía resaltar su figura elegante y  
guerrera. Sus manos estaban aprisionadas por  
guantes de gamuza. Un lujoso cinturón oprimía  
su talle, que conservaba la flexibilidad y ele-  
gancia de un joven de veinticinco años.

Más ¡cosa extraña! su rostro iba tomando  
por momentos el sello de una gravedad inmoti-  
vada sin saberlo él mismo, y, sin embargo, nada  
le faltaba más que la libertad; era feliz; pronto  
iba á unirse con una joven bella, tierna, aman-  
te; tenía fama, nombre ilustre, y no obstante  
sentía su corazón oprimido, un secreto des-  
asosiego violentaba su alegría; su sonrisa era  
cada vez más triste.

Pedro Navarro, agobiado por su secreto ma-  
lestar, sentóse en un sillón; sus ojos se cierran  
bajo el peso de sus pensamientos. Estos son té-  
tricos, sombríos; la muerte, ese nombre fatal,  
ronda por sus labios; de pronto una espantosa  
visión se le aparece.



Ve frente á sí, muy cerca, un horrible esqueleto; su diestra sostiene una guadaña; en el fondo un reloj de arena deja caer sus postreros granos. Pasa un minuto y el espectro levanta la ségur; el último grano rueda. En el mismo instante lenta procesión se aproxima; sus cantos son fúnebres; en medio va un espectro vestido con su mismo traje; el Capitán se acerca, y un grito de espanto sale de sus labios. Él mismo acaba de sepultarse en una fosa abierta, y siente el ruido seco de la tierra que cubre su cuerpo helado.

En esto la puerta de la habitación se abre violentamente. Inés, vestida de blanco, se presenta como ángel de consuelo, y después su padre, seguido de los convidados. El Capitán al ruido abre los ojos; el fantasma se disipa, la visión desaparece; recuerda todavía el fúnebre sueño; mas no dice una palabra, temeroso de angustiar á su bella prometida. Al fin, triunfando del triste presentimiento ante la hermosa realidad, coge alborozado de la mano á Inés y marchan al altar, donde un Sacerdote espera para bendecir su unión.

Entre tanto la Capilla del Castillo, profusamente iluminada, encierra en su recinto grupos numerosos de convidados. El murmullo que produce las conversaciones de los unos se une



con los rezos de los otros, para llenar el aire de un ruido sordo como el de la tormenta desde lejos.

Pedro Navarro é Inés se presentan; sus rostros demuestran la alegría de su alma; no es extraño; la fortuna parece sonreírles, la esperanza les ofrece un porvenir de dicha, una inmensidad de placer.

Llegan al altar; los murmullos cesan, todas las miradas se fijan en ellos y, ante un silencio sepulcral, va á empezar la ceremonia.

En este momento un rumor extraño se oye fuera de la Capilla; un hombre armado de todas armas penetra en el sagrado recinto y, alzando la voz, á pesar de la augusta ceremonia, pregunta por el Alcaide Icart. Éste, asombrado, se adelanta y recibe un pliego de manos del recién llegado.

— De S. M. el Rey — le dice — y haciendo un saludo se retira.

Poco después se oyó galopar un caballo. El mensajero volvía á marchar.

Icart abre azorado la orden; secreto pesar se apodera de su espíritu. El Capitán á su vez tiembla; recuerda la visión anterior y se estremece.

En esto Icart da un grito, su rostro palidece, sus labios balbucean palabras imperceptibles,



y no dando entero crédito al contenido de aquella carta, vuelve á leer maquinalmente en alta voz:

“ *Al Alcaide de Castelnovo.*

„ Al día siguiente de recibir ésta, mandaréis  
„ ajusticiar en la plaza pública de Nápoles al  
„ traidor Pedro Navarro. — *Firmado.* — Yo  
„ EL REY. „

Un grito de horror resuena por todos los ámbitos de la Capilla á la anterior lectura. Inés, delirante, corre, arranca la carta á su padre, pasa la vista por ella, y atónita de espanto, cae al suelo; pronto una convulsión la ataca, quiere hablar y no puede, sus ojos se enturbian, sus miembros se paralizan y mortal desmayo la acomete.

El Conde vacila, se apoya en una columna, pasa la mano por su frente helada; su visión no le engañó. La muerte la va á robar su felicidad.

Pero pronto su voluntad enérgica, la fuerza de su valor recobran su imperio; una triste sonrisa aparece en sus blancos labios; se endereza, pasea su mirada por todos los semblantes, y sólo un suspiro es el testimonio de su mudo dolor. El Capitán se había expuesto tantas veces á la muerte, que ya consideraba el temor



como indigno de un hombre. Además, la completa desgracia, cuando ni aun la esperanza queda, infunde un valor sobrenatural. Los pechos altivos, en estos supremos instantes, rechazan las lágrimas y se sobreponen al abatimiento.

Por fin su voz resonó grave, pero tranquila: — ¡Alcaide Icart, cumplid con vuestro deber! — dijo. — Y sus palabras, solemnes como las de un moribundo, llenaron de respeto y conmiseración á los amedrentados asistentes. Sólo Inés, tendida en el suelo, no las oyó; desmayada ó muerta, permanecía en una inmovilidad absoluta; su hermosa cabeza, cercada de blanca corona, y su vestido, blanco también, asemejábanla á la bella azucena; mas su fisonomía ofrecía la imagen de la muerte.

Pasa un momento; nadie se decide; sólo el Conde se adelanta, toca al ensimismado Icart, y esforzándose en aparecer tranquilo, le repite:

— Cumplid, mi buen amigo, con vuestra triste obligación. El Cielo no quiere mi dicha..... ¡Cómo ha de ser! Sólo lo siento por esta pobre niña; tan bella, tan amante, ¡perder al que iba á ser su esposo, en el momento mismo en que creía tenerle para siempre!..... Y enterneciéndose con estas palabras, una lágrima rodó silenciosa por sus tostadas mejillas. Contempla

tristemente á Inés, se acerca, la coge una de sus heladas manos, y estrechándola contra su corazón, un tierno adiós pronuncia. A este suspiro de amor su prometida abre los ojos, le mira con aire extraviado, vuelve luego la vista á su padre, y le pregunta:

— Padre, ¿dónde está mi marido? Y apartando su mano de la del Capitán, se levanta, da un grito, corre á la puerta diciendo:

— Ese, ese es el asesino de mi esposo: ¡ja, ja, ja!— Y su cara se descompone, el sudor corre por su frente, sus manos se crispan. La pobre estaba loca.

---





## CAPÍTULO IV

### La Capilla.

Pasó aquel día; llegó la siguiente mañana. El cielo estaba nublado densamente; el campo silencioso; la mar alborotada; Nápoles dormido todavía.

Sólo en su centro se nota una actividad extraña; hombres cargados de enormes maderos acuden á la plaza Mayor. Poco á poco váse formando un alto tablado. No hay ya duda: la sociedad humana va á castigar á Pedro Navarro.

Entre tanto, la Capilla de Castelnuovo está triste, solitaria. Sólo se distingue un hombre arrodillado; sus labios suspiran una oración; sus manos, juntas, imploran compasión del Eterno. El condenado á muerte se dispone á comparecer ante el trono de Dios. Él, valiente, noble, lleno de vida y ardor, será pronto un



cadáver frío que sólo inspirará lástima. ¡Triste derecho de la sociedad con el hombre! Transformar la vida, la actividad, la hermosura en la callada pobreza de la tumba.

Pedro Navarro rezaba; pero su pensamiento, rebelde á su voluntad, se complacía en recordar el risueño pasado; Inés, su prometida, su tesoro, se le aparecía con los colores de la ilusión. Porque para él todo lo de esta vida, aun lo más querido, era ya casi un sueño, un recuerdo de otro mundo.

Así pasan las horas y se aproxima el momento fatal. El Alcaide no aparece en la Capilla; quizás algo grave le detiene. Inés tampoco marcha á ver al desgraciado Conde; pero no es extraño. ¡Está loca! Á este pensamiento el Capitán se estremece; morir él no le aterra; pero dejar loca á la bella Inés le acongoja. Esta idea le quita la razón, le hace olvidar sus oraciones, su situación, el peligro de su alma.

Entonces se levanta como desesperado, corre á la puerta, forcejea, llama á Inés á grandes voces. El amor se fortalece con la desgracia; el amor del Conde había degenerado en delirio. Su único deseo en aquel momento era verla, decirla adiós, morir en su presencia. Quizás así su extravío pasaría; quizás la muerte les heriría á los dos juntos. ¡Oh! morir con ella



hubiera sido un gozo, un placer para el Capitán. Pero morir solo, dejar en el mundo á su esposa, no verla, no oír el amoroso adiós de sus encantadores labios, él, su prometido, el único que ante Dios iba á tener el derecho de ser su dueño, ¡oh! es tormento increíble.

En este instante Icart apareció en la puerta; estaba pálido, grave, meditabundo. Á su vista el Conde se estremece; inclina la cabeza; su poderosa razón vuelve á dominarle; la muerte se acerca; un pueblo curioso le espera para verle morir. No hay duda, el Alcaide viene á despedirse.

— Señor Conde — pronunció Icart con voz balbuciente de emoción — siento deciros que el momento se acerca; la comitiva espera, el principio de vuestra eterna felicidad se aproxima. Dichoso vos que morís; yo..... — y su voz se cortó, y ardientes lágrimas corrieron por sus mejillas. — ¡Yo, desgraciado de mí, con una hija, á quien idolatro, loca! — Y ocultando la cabeza entre sus manos sollozaba amargamente.

— ¡Por Dios, padre mío, que me matáis de dolor! — dijo el Capitán. — ¡Mi bella Inés loca! ¡La prometida de un ajusticiado! Todos la señalarán con el dedo. ¡La loca, la loca! dirá todo



el mundo. ¡Oh, Dios mío! ¡Este es el infierno, es la desesperación!

— Señor, señor — repuso Icart estremeciéndose — ya vienen por vos, ya se acercan. ¿Oís los pasos? — Y escuchando oyeron lentas pisadas que se aproximaban.

— ¡Conque he de morir! — repuso el Conde al oirlas, exaltándose por momentos. — ¡Conque el famoso Conde Pedro Navarro, el gran Capitán de Carlos V, ha de morir en la horca, delante de un pueblo que se ríe de sus gestos, de sus ademanes! ¡Conque mi nombre quedará menospreciado, mi casa arrasada, todos maldecirán mi memoria, y mi Inés loca y desgraciada para siempre! No, no será así, lo juro, Carlos V. ¿Crees que me someteré sumiso á tu bárbara sentencia? ¿Crees que la horca envilecerá al famoso Conde? No lo imagines, que nadie mata á Pedro Navarro contra su voluntad.

Al decir esto, se acerca al Alcaide; una resolución siniestra se advierte en su mirada.

— ¡Padre, padre! — pronuncia en voz baja. — ¡Sólo vos podréis librar mi honor y el de vuestra hija! — Y sus ojos centellean y una sonrisa sardónica asoma á sus labios.

Icart está pálido, convulso.

— ¿Qué queréis? — dice.

— ¡Un puñal, un puñal por favor! — responde

con acento sombrío Pedro Navarro.—¡Mirad que ya vienen! ¡Oh! ¡Qué dulce sería morir aquí! ¡Por favor, un puñal!

—Conde— contesta Icart;— comprendo lo que queréis; sois noble; pero..... ¡no traigo armas!

Un grito de desesperación arroja el Capitán; tendrá que morir envilecido en la horca.

Pero Icart se anima; un extraño ardor le acomete.

—Soy tu amigo—le dice—voy á salvarte.

Y rápido como el rayo le coge por el cuello: sus forzudas manos le enlazan, le aprietan, le ahogan.

El cuerpo del Capitán tambalea; su cara se vuelve amoratada; ronco estertor sale de su boca; por fin exhala el último suspiro.

Entonces el Alcaide coge el cuerpo muerto; la pequeña cama del preso está próxima; le arrastra, le tiende y tapa su cara bajo una manta.

Un momento después, el verdugo entra, recorre con la vista la Capilla, y al ver solo al Alcaide:

—¿Dónde está el preso?— pregunta con voz ruda.

—Ha muerto,—responde Icart;—y destapando la manta, descubre la lívida cabeza.

El ejecutor se encoge de hombros. Icart reza maquinalmente; la multitud grita desde la calle.





## EPÍLOGO

El día siguiente amaneció bello y alegre. Las nubes del horizonte se habían disipado; el ardiente sol de Italia extendía sus rayos por el hermoso azul del cielo; el mar, tranquilo, mecía con dulce vaivén las mil y mil barquillas que se dibujaban á lo lejos, pescando, y las melancólicas barcarolas del marino napolitano embalsamaban el aire con sus poéticos acentos. Todo convidaba á la alegría, al amor.

Mas ¡triste condición del mundo! Al lado de la risa, el llanto; junto al placer, el dolor.

Lenta comitiva sale por una de las puertas de Castelnovo. Primero una cruz aparece, luego larga fila de monjes cantando las psalmodías de los difuntos; en medio va un féretro; detrás el Alcaide Icart seguido de varios guerreros.

Allá, en una ventana del Castillo, se presenta una blanca aparición, con el cabello suelto,



la mirada fija en la comitiva. Es una mujer. Su figura bellísima ofrece, no obstante, el sello de la locura; su boca está contraída; sus ojos, extraordinariamente abiertos, se fijan sólo en un punto. ¡Pobre Inés! ¡Flor de un día, eres demasiado delicada para vivir en la tierra! ¡Tu patria es el Cielo! ¡La Virgen te abre sus brazos!

La comitiva ha llegado; allí, en el campo, una fosa está abierta, sólo espera un cadáver. Pedro Navarro descende á la tierra entre las preces de los Sacerdotes y los sollozos de Icart; luego la hoya se cubre, el suelo se allana, y sólo una cruz recuerda al Capitán <sup>1</sup>.

En esto el viento trae un grito, vuelve Icart la cabeza y ve á su hija en la ventana; ya no ríe, sus facciones no presentan el sello de la locura, sino el de la muerte; aquel grito era su postrer gemido. Un momento después espiró; su alma pura voló á reunirse con su esposo.

Su padre, no hallando consuelo sobre la tierra, poco tiempo después abandonó la gloriosa carrera de las armas y fué á ocultar su inmenso dolor en la soledad de un monasterio.

<sup>1</sup> Después su cadáver fué trasladado á Santa María la Nueva, de Nápoles, por orden del Príncipe de Sesa.

FIN

LA TRADICIÓN DE UNA ALDEA







# LA TRADICIÓN DE UNA ALDEA

NOVELA ORIGINAL

---

## INTRODUCCIÓN

En la parte más fragosa de los Pirineos, esa gran cadena de montañas que separa la Península Ibérica del resto de Europa, existen lindas aldeas, escondidas entre montes altísimos, lejos de los grandes caminos, pero rodeadas de vegetación y pintorescamente situadas sobre el torrente que se despeña por las quebradas rocas, ó junto al fresco arroyo que, caminando lentamente al través de los campos, convida al reposo y á la meditación.

La historia escrita desaparece de estos ocultos lugares para dejar su puesto á la tradición. No busquéis, pues, en aquélla los hechos que se han verificado junto á esos precipicios desde



ue la humanidad reina en el mundo, porque no sabrá contestaros. Mas preguntad á cualquier campesino, que pronto os referirá las más poéticas leyendas, los episodios más interesantes de esa vida oculta, pero real, que huye de la luz de la imprenta temerosa de desnaturalizarse, refugiándose en la memoria de los montañeses, que los transmiten de generación en generación como tradicional legado.

En una de mis excursiones por esos pintorescos montes, atraído por lo hermoso del paisaje y por la dulce quietud del campo, me fuí apartando insensiblemente del pueblo que me daba hospitalidad, en compañía de un habitante de la comarca, amigo amío, bordeando montañas tapizadas de colores y embalsamadas con el oloroso perfume del tomillo y del cantueso.

Andando sin notarlo doblamos un monte, desapareció el pueblo y nos encontramos en un hermoso valle cercado de altos picos, cuya nevada cima tocaba al cielo y cuyas laderas formaban espesos bosques, donde el pino airoso alternaba con la añeja encina y el corpulento roble. Por medio del valle corría un arroyuelo cuyo débil murmullo llegaba á nosotros mezclado con los trinos de los pajarillos, que cantaban sus amores en la enramada; y á lo lejos, por las grietas de unas rocas que cercaban el



horizonte, veía aparecer y desaparecer la blanca espuma de una cascada, cuyas brillantes ondas, transformadas en rápido torrente, se perdían luego bajo los precipicios, resonando con estrépito al chocar con la dura piedra que les servía de lecho.

Los campos, llenos de fresca hierba, daban abundante pasto á un rebaño que vagaba mansamente bajo la vigilancia de un pastor, el cual, descansando sobre su cayado y vestido de una tosca zamarra, contemplaba en silencio ir y venir sus ovejas por la campiña, sobre el regalado cespced que les servía de apetitoso manjar.

Encantado de este espectáculo, me detuve á contemplar aquella pradera verde y risueña como el Edén.

A poco descubrí con extrañeza algunos pequeños muros derruídos diseminados por la llanura, en que antes no había reparado. Deseoso de saber lo que significaban, pregunté á mi compañero el origen de aquellas ruinas, y un momento después, sentados los dos sobre la hierba, me contó la siguiente historia.





## CAPITULO PRIMERO

### La aldea de San Agustín.

— Á principios del siglo pasado — comenzó — existía en este mismo sitio una oculta aldea bajo la advocación de San Agustín, cuya ermita aún subsiste, y es objeto de gran devoción, sobre esa pequeña colina. Ignorados del resto del mundo, no por eso vivían menos felices sus habitantes, que ligados entre sí por la amistad y el cariño, pasaban su vida labrando sus pequeños campos, sin conocer la ambición ni la envidia. Pobres todos de riquezas, mas ricos de amor y bondad, se atendían los unos á los otros cuando la desgracia ó la miseria llamaba á sus puertas, con el mismo interés y cuidado con que en el hogar doméstico los padres cuidan de sus hijos y los hermanos de sus hermanas.

Entre las familias más respetadas del pueblo



sobresalía por sus virtudes un matrimonio á quien Dios había concedido una niña bella como un ángel, la más hermosa hija del valle, según la llamaban, que crecía y se desarrollaba bajo el tierno cuidado de sus padres.

Por aquel entonces, y al otro extremo de la aldea, vivía una viuda que cifraba todas sus esperanzas en su hijo, único fruto que le había quedado de un matrimonio largo y feliz. Su padre, al bautizarle, mandó ponerle por nombre Agustín, y le ofreció al Santo patrón del valle para que le precaviese de los vicios y le conservase puro y limpio de corazón. Á poco dejó este mundo; mas el tierno niño no desmintió sus esperanzas, y creció bueno, cariñoso y obediente á la que le había dado el sér.

Con la fácil comunicación entre los vecinos del mismo pueblo, los dos niños se reunían muchas veces, y sus infantiles juegos atestiguan su mutua simpatía, y así bien pronto Agustín no quiso jugar sin Magdalena ni Magdalena sin Agustín: de este modo pasaron sus primeros años. Más tarde, cuando ya la juventud les fué abriendo sus puertas, comenzó á manifestarse en ellos las excelencias de la educación que habían recibido. Muchas veces el Cura del pueblo les sorprendía orando juntos



en la ermita de San Agustín. Al verlos el digno Sacerdote en ocupación tan santa, sonreía dulcemente, y uniendo oculto sus oraciones á las de los jóvenes, aumentaba así aquel dulce murmullo, cuyos ecos elevábanse hasta el trono de Dios.

Mas estos felices tiempos pasaron para los dos amigos; el padre de Magdalena, acometido de una grave enfermedad, fué perdiendo la salud y la vida en un frío invierno. Conociendo que iba á morir, llamó á su esposa y á su hija para despedirse de estos pedazos de su corazón. Ambas acudieron llorando amargamente, y por más esfuerzos que hicieron para enjugar sus lágrimas y ocultarlas al moribundo, éste comprendió su dolor; y apenado más por el llanto de tan queridos seres que por su propia muerte, se esforzó en consolarlas; las encargó que se amasen mucho, las bendijo, y despidiéndose de ellas dedicóse únicamente al cuidado de su alma. Poco tiempo después murió entre los brazos del Sacerdote pronunciando el dulce nombre del Señor. Su espíritu voló al Cielo; ellas quedaron aquí, en la tierra, tristes y abatidas, sin más consuelo que la oración al Dios de los afligidos.

Desde entonces Magdalena volvióse más grave, y su antigua animación se trocó en triste



melancolía, que daba nuevo realce á su hermosura. Agustín veía con pena este cambio de la compañera de su infancia y procuraba distraerla, pero sólo conseguía añadir su dolor al de la joven.

---

## CAPITULO II

### La promesa.

El tiempo siguió adelantando con invariable curso. Pasó el invierno; la risueña primavera cubrió de flores la campiña, pero el corazón de Magdalena seguía angustiado por el triste recuerdo que la dominaba: así Agustín la sorprendía muchas veces llorando. Cuando le veía, enjugaba ella sus lágrimas y procuraba aparecer serena; mas el joven, lleno de amargura al notar su dolor, bien pronto la acompañaba en su llanto y en sus oraciones. También él recordaba en aquellos amargos momentos la imagen de su amado padre, que envuelta en el velo de un lejano pasado se le aparecía risueña y cariñosa enseñándole el camino del deber.

Esta semejanza de sus penas hizo poco á poco necesaria la presencia de Agustín en casa de su amiga, porque ésta, al verle, pen-



saba que su corazón se desahogaba con doble fuerza.

La intimidad engendra la amistad, y la amistad dista un paso del amor; así Agustín, sin confesárselo, amaba á Magdalena. Por esto ansiaba estar siempre á su lado, y cuando sus ocupaciones le obligaban á abandonar más pronto de lo que quisiera la casita de su amada, sus ojos, más audaces que sus pasos, se volvían mil veces desde el camino, con el afán de descubrir más allá de la ventana, medio oculta entre el follaje, la sombra de la compañera de su infancia. Entonces ella, al ver por la senda que serpenteaba el valle al pobre Agustín alejándose lentamente, le dirigía una última mirada de agradecimiento, que era recogida y conservada en el corazón del aldeano como preciado tesoro hasta la más próxima entrevista.

Un día el joven se dirigió veloz á casa de Magdalena. Había formado con las flores silvestres que adornaban el camino un ramo, que ansiaba entregar á su amiga. El perfume de las flores aromáticas que le esmaltaban, la brillantez de sus colores y lo acertadamente que las había combinado, le llenaban de contento.

La casita de Magdalena se le aparecía aún muy lejos. Encontraba el camino largo y pe-



sado, y con esta dulce inquietud forzó el paso, y algunos momentos después, con el sudor en la frente, mas con la alegría impresa en el semblante, llamaba con fuerza á la blanca casa. A poco Magdalena vino á abrirle; pero su dulce fisonomía estaba tan pálida, su expresión era tan triste, que Agustín, temblando, dejó caer el hermoso ramo. La tristeza se reflejó también en su rostro, y sus miradas se cruzaron doloridas: la de él pidiendo una respuesta, la de ella solicitando ayuda á su aflicción.

— Mi madre está muy mala, dice que se siente morir — dijo la joven. — Y á medida que hablaba, un torrente de lágrimas inundaba sus mejillas.

El joven, aturdido por la inesperada nueva, se precipitó dentro, atravesó unas piezas seguidas de la infeliz Magdalena, y penetró en una alcoba, sin más luz que la de una lamparilla y la escasa que penetraba por las juntas del balcón cerrado.

El silencio que reinaba en la habitación era profundo; y el oído atento de Agustín percibió bien pronto el aliento fatigoso de una persona enferma. La madre de la joven, Doña Lucía, echada en una cama sencilla y modesta, pero limpia y blanca como la nieve, se hallaba postrada por la violenta calentura. El delirio



la acometía con frecuencia, y cuando no, sólo la fuerza de su respiración anhelante daba señales de su vida.

En uno de estos momentos entraron los jóvenes. Ambos ansiosos, se acercaron á la cama lentamente y con la vista fija en aquella persona tan querida. Al verla inmóvil y cadavérica, se aumentó su mutuo desconsuelo; pero ni un gemido se escapó de sus labios, temerosos de despertarla. Así pasaron algunos minutos, tardos como siglos. Por fin Doña Lucía hizo un movimiento. Sus ojos apagados se entreabrieron y su mirada se fijó en Magdalena.

— Hija mía — dijo débilmente — tengo sed, mi garganta arde, dame agua.

Y aniquilada por estas palabras, volvió al silencio de la postración. Magdalena, pálida, se acercó á la mesa, tomó con sus blancas manos la bebida que el cirujano había recetado, é inclinándose á su madre deslizó en su ardiente boca algunas gotas del líquido, que fueron tragadas con avidez. Agustín, abatido, ocultó la cara entre sus manos, y sus pensamientos tétricos y sombríos vagaron por las sombras del dolor. Pasaron los minutos, y Agustín continuaba ensimismado en sus dolorosas ideas. Tan intensa amargura se le aparecía incomprensible. ¿Qué misteriosa unión le enlazaba con la



enferma, que le hacía penar tanto? Él no lo comprendía; su corazón quizá sí. Después pensó en Magdalena, y su angustia se aumentó y la opresión de su pecho fué más grande. Entonces conoció la verdad. Sintió un amor inmenso por la joven, amor que poco á poco, y al través de los años, habíase ido condensando en su alma y que sólo esperaba una ocasión para estallar. Con esta revelación ya no le fué dudosa la causa de su amargura, porque los que bien aman comparten las penas del sér amado como si fuesen suyas propias.

Entre tanto Magdalena, guiada por secreta inspiración, salió ligera del cuarto, y echando un negro manto sobre su hermosa cabeza, franqueó la puerta y dirigióse por un camino que detrás de la casita serpenteaba hacia la montaña vecina. En ella se encuentra la linda ermita que dedicada á San Agustín, patrón del pueblo, era y es, como ya he dicho antes, muy visitada por los milagros que ha obrado el Santo en favor de los afligidos que se acercan á pedirle alivio á sus penas. Á ella se dirigió la joven, llena de santa esperanza. Por el camino iba ideando las promesas más penosas de cumplir para ofrecérselas al Santo en cambio de la vida de su madre. Mas como su amor filial no tenía límites, todas las encontraba fáciles é in-



dignas de tan gran recompensa; de esta manera, entregada á sus reflexiones, llegó á la Capilla y penetró en su pequeño recinto, que sólo ofrecía sobre las blancas paredes alguna tosca imagen, á un lado un Crucifijo y sobre el altar la estatua de San Agustín rodeada de ofrendas y regalos. La sencillez de estos adornos no dañaba, sin embargo, á lo augusto del lugar sagrado. El sombrío resplandor que esparcía una lámpara pendiente del techo, el silencio profundo que reinaba y hasta la santa y esmerada pobreza que allí se advertía, todo convidaba al recogimiento y á la oración. Magdalena se arrodilló, llorando ante la imagen de Cristo crucificado. Sus trémulos labios elevaron al eterno ardientes súplicas. Le pidió la salud de su querida madre, y en holocausto le ofreció su vida, su reconocimiento eterno. Luego la niña, vacilando un momento, como para medir toda la extensión de su sacrificio, levantó su voz por la soledad de la ermita, y temblorosa, pero decidida, ofreció al Señor de Cielos y tierra dedicarse por todo el resto de su vida á Dios y á su propia madre exclusivamente, ahogando en su corazón todo otro amor terreno. Y para que su promesa fuese más solemne y su sacrificio más valedero, sacó un anillo, recuerdo de su querido padre, y con



tímidas y vacilantes manos le colocó en el dedo ensangrentado de la imagen de Cristo. Apenas había hecho tan gran promesa ante el altar sagrado, un débil suspiro resonó en la Capilla, que como el quejido de un moribundo llegó á los oídos de la joven mártir; sobresaltada volvió la cabeza, miró por todas partes, y en un rincón vió arrodillado y con el rostro lleno de lágrimas á Agustín, su digno amigo. El pobre joven, al notar la ausencia de Magdalena, salió de la casa en su seguimiento, descubriéndola por el camino de la ermita, y guiado por su amor la siguió, penetró en el sagrado recinto y había escuchado trémulo y abatido el voto de Magdalena, que establecía para siempre entre él y la que tanto adoraba un abismo insondable, en que el mismo Dios separaba las orillas. Su dolor entonces fué tan grande, que á pesar de su voluntad le descubrió; la joven, al verle, sintió, no sólo lástima, sino desconsuelo; su interés por Agustín subió de punto al contemplarle tan apasionado y afligido; pero recordando la augusta promesa que ante el trono de Dios quedaba depositada, comprimó los latidos de su corazón, sacrificó los sentimientos de su alma, y mártir del cariño filial, salió de la Capilla y se dirigió á su casa, donde el deber y el amor la llamaban.



Agustín, sumido en honda pena, permaneció quieto; no podía culpar á su amada de ingratitude, porque su promesa, llenándole de admiración, la colocaba para él en el puesto de los ángeles; pero su ardiente cariño no quería reflexionar. Una violenta lucha estalló en su alma, entre el sentimiento de sus creencias religiosas, tan arraigado en él, y el de su amor, no menos grande. Por fin sus fuerzas se aniquilaron, y pór un instante pareció vencer su pasión. Pero el alma del justo, aun moribunda, no se deja vencer sin luchar, y el que aún combate, merece ante Dios que no le abandone. Esto sucedió á Agustín, que, vacilante en su fe, se aferró á la oración, como el triste náufrago que lucha en los extremos de la vida se aferra á la tabla salvadora. Oró largo rato, y el consuelo fué penetrando en su espíritu como dulce bálsamo. La idea de su deber se le fué apareciendo clara á medida que rezaba. Dios no le prohibía su cariño, pero le prescribía el respeto; porque, ¿quién puede arrancar el amor, que es encarnación de nuestra alma? Mas ¿quién no se reconoce libre de respetar al sér amado?

Después de estas amargas luchas, y fortalecido por la oración, salió Agustín de la ermita, resuelto á amar en silencio, ocultando

siempre á Magdalena su desgraciado cariño. Poco tiempo después la virtuosa aldeana, junto al lecho de su madre, espiaba con ansia la marcha de la enfermedad, y Agustín, asomado á la ventana de su habitación, fijaba sus ojos enrojecidos á lo largo de la campiña, donde se descubría, medio oculta entre los árboles, la blanca casa de Doña Lucía, á la cual no se atrevía á ir después de la escena de la ermita, temeroso de quebrantar su resolución viendo á la hermosa joven.

Así pasó aquel día, y llegó la noche clara y límpida, pero triste y silenciosa, como son las noches en la montaña. Pronto las luces se fueron apagando unas tras otras y el sueño se apoderó de los habitantes de la aldea, que, fatigados de las faenas del día, encontraban en el reposo del hogar doméstico compensación suficiente á sus sudores vertidos en el campo. Magdalena velaba, sin embargo, junto al lecho de su madre, cuya postración no había disminuído. Tenía la joven en las manos un libro de religión, y sus ojos vagaban por aquellas máximas de consuelo que la Santa Iglesia ha escrito para aliviar las penas de los afligidos, descubriéndoles lo mísero de sus dolores. De pronto, en una de sus páginas descubre el nombre venerando de San Agustín. “Llora—decía



allí el Santo—alma apenada; que yo también he llorado y el llanto me ha abierto el camino de la salvación. „ Estas palabras iluminaron á la abatida joven. Creyó encontrar un aviso del Cielo en este sentido consejo del Obispo de Hipona. Entonces, llorando, se acordó de las muchas veces que su buena madre la había descripto la vida de tan glorioso Santo, su borrascosa juventud, su arrepentimiento, y por último su fe inquebrantable en la Iglesia cristiana. A este recuerdo, por la afinidad del nombre, se unió otro quizás más querido. Agustín, el compañero de su infancia, su amigo, se le aparecía bueno, inocente y cariñoso: luego le veía en la ermita, desolado y advirtiéndose en su cara las señales de la más violenta desesperación; y el motivo..... ella lo adivinaba, porque también á la vista de Agustín sentía el más vivo gozo, y cuando se marchaba, la pobre niña se entristecía. “ Mas..... llora—decía el Santo—que en el llorar encontrarás tu salvación „; y Magdalena, dócil á esta augusta máxima, comprendió que, después de su promesa, sólo le era permitido llorar cuando el recuerdo de su joven amigo ocupase su pensamiento; de esta manera cicatrizaba poco á poco la herida que Agustín había abierto en su alma, otro Agustín, que desde el Cielo velaba por

sus fieles protegidos. Por fin, después de tantos pensamientos se consoló; la imagen de Agustín no la oprimía ya; porque si bien le amaba con toda su alma, amaba como ángel, ya que no podía querer como mortal. Entonces volvió los ojos á su madre, pidió perdón al Supremo Sér por aquellos momentos de distracción, y el amor filial volvió á recobrar su imperio en el alma de Magdalena, la que en la oración y el cuidado pasó toda la noche, llenando de gozo á los ángeles al contemplar su virtud.





## CAPÍTULO III

### **El prodigio.**

El día siguiente apareció puro y tranquilo en el florido valle. El viento, que mecía apaciblemente las altas copas de los pinos y enebros, prestaba mayor animación al cuadro risueño de la primavera. Los pajarillos, con dulce voz, esparcían sus melodiosos trinos por la enramada, y las flores del campo, hermosas y fragantes, brindaban á las trabajadoras abejas con el dulce nectar que sus cálices encerraban. Esta pureza y tranquilidad del tiempo influyó mucho en la salud de Doña Lucia, que, más aliviada, parecía revivir al compás de la naturaleza. La fiebre era menor y el delirio había desaparecido. Tan felices síntomas calmaban los temores de Magdalena, haciéndola concebir las más dulces esperanzas. ¡Quizás Dios se había



apiadado de la joven, y en cambio de su promesa la conservaba el apoyo de su virtud!

Algo después de rayar el día, por un camino que solitario y espinoso subía rodeando uno de los más altos montes que cercaban el valle, caminaba un hombre con paso lento y la frente baja. Poco á poco fué dejando atrás las blancas casas esparcidas por la campiña, las tierras cultivadas, los bosques y la más agreste vegetación, ascendiendo entre rocas descarnadas y abismos insondables. Ya sólo aparecía desde la llanura como una sombra apenas perceptible ó como un punto negro en el espacio. Después la niebla de las montañas ocultó al peregrino, y el áspero sendero volvió á quedar desnudo y silencioso.

Agustín, pues era él, seguía subiendo sin detenerle ni arredrarle la mayor aridez de la senda ni los precipicios que á cada paso bordeaban el camino. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, y con pausado y seguro andar, parecía olvidado de los mil peligros que le cercaban, y de que un paso en falso podía precipitarle en los más profundos abismos. A medida que subía, el camino se hacía más penoso; las desnudas cimas de los inaccesibles picachos se alzaban sobre su cabeza amenazadoras, y el espectáculo de la naturaleza, de una sublimi-



dad salvaje, parecía estar acorde con los téticos pensamientos de Agustín. El pobre joven, combatido por su pasión, marchaba sin rumbo fijo, guiado sólo por la necesidad de separarse de los lugares donde su amor se encontraba. Bien sabía que, permaneciendo en el valle, sus ojos, siempre fijos en la casa de Magdalena, estarían alimentando la pasión que le consumía, y por esto, después de una noche de insomnio y de dolor, había resuelto pasar el día en los montes, donde la grandeza de la Creación hace olvidar sus penas á los mortales. Así marchando, se encontró luego á la margen de un pequeño lago, que extendía sus azuladas aguas por entre negras rocas y gigantescos pinos. El lugar era severo é imponente. La senda que hasta allí le guiara había desaparecido, y los altos montes que circuían el Ibón parecían cortados á pico sobre su cabeza y sólo capaces de albergar en sus cimas al elevado condor ó al águila altanera. Agustín, convidado por la frescura del sitio, se sentó á orillas del agua, descubrió su abrasada frente y siguió sus meditaciones, que, sin él darse cuenta, tenían por único objeto la bella Magdalena. Los recuerdos de la niñez se agolpaban en tropel á su pensamiento. Recordaba como dulce ensueño los felices días en que los dos, niños aún, jugaban sobre el



verde cesped, enlazando sus tiernas almas como enlazaban en un mismo ramo las flores que ambos cogían en el campo. Luego, andando el tiempo, la mayor gravedad de sus ocupaciones; los ratos de seria conversaci3n en que 3l ensefaba á Magdalena lo que estaba estudiando, y ella á su vez le mostraba el amor á Dios, principio de todo saber; y por 3ltimo, su pensamiento se fijaba en aquel triste dfa en que, aturdido y lloroso, oy3 la promesa que para siempre le separaba de su querida amiga. A esta idea se juntaban otras insensatas, hijas de su acalorada mente: mil proyectos y vanas esperanzas, mil locos deseos, mas á la vez su conciencia le reprendfa con severa voz, protestando de sus absurdas ilusiones. De pronto, una sonrisa de esperanza asom3 á sus pálidos labios. Poco á poco, el pensamiento de que su felicidad era aún posible fu3 tomando cuerpo y adquiriendo casi la realidad de la certidumbre en su cerebro. Y en verdad no le faltaba raz3n. La promesa no era un voto de aquellos que la Religión considera indestructibles. Serfa dable conseguir que se conmutara por una penitencia, y de este modo su pasi3n, su conciencia y su piedad, todo podfa acordarse en pró de su dicha. Esta consoladora idea troc3 en un momento la tribulaci3n



del pobre Agustín en la más loca alegría. Toda la pesadumbre de un porvenir sin ideal y sin objeto convirtiéndose, con sólo un simple raciocinio, en la más halagadora de las esperanzas. Entonces reconoció y bendijo esa admirable y sublime prudencia con que la Iglesia prueba las vocaciones, exigiendo largo tiempo y múltiples requisitos con el fin de aquilatarlas, para que nunca pueda confundirse el espontáneo movimiento de un corazón atribulado, en sus variables impresiones, con la madura reflexión de un alma contrita que se dedica á Dios para siempre sin posibilidad de retorno de la voluntad.

Alborozado y satisfecho levantóse Agustín. Pero en aquel momento, cuando ya el joven disponíase á retornar al pueblo, al volver la vista y tropezar su mirada con la blanca ermita de su Santo patrón que aparecía ante sus ojos allá en lontananza como un aviso del Cielo, operóse como una transformación en su fisonomía, y en vez de bajar al valle quedóse parado y otra vez sumido en hondas reflexiones. El recuerdo de aquel anillo que Magdalena había entregado á la imagen de Cristo crucificado como arras sagradas de su promesa, vino á turbar la alegría que un momento antes le dominaba. En su ignorancia temió que



aquel acto de la joven fuese obstáculo imprevisto á la santificación de su amor. Otra vez el temor y la zozobra inundaron su alma de pena, y los proyectos más descabellados acudieron á su mente; porque después de alegría tan grande, no podía su pasión resignarse fácilmente á ser vencida. Por fin resolvióse á luchar, y pidiendo perdón á Dios por el acto que iba á acometer, corrió presuroso, no en dirección al pueblo, sino á la ermita del Santo. Llevaba el propósito de sacar el anillo de su sagrada guarda, dejarlo á los pies de la imagen y hacer ver de este modo á Magdalena cuando volviese, como acostumbra, á orar ante el Crucifijo, que el Señor la libertaba de su promesa devolviéndola el anillo. Su conciencia le reprendía en verdad por esta superchería, pero al mismo tiempo su pasión no encontraba otro medio de vencer.

Y así, cruzando montes y salvando obstáculos con la facilidad y ligereza del habitante de las montañas, franqueó veloz la distancia que de la ermita le separaba y se paró en el umbral para tomar aliento.

La puerta, de carcomida madera, hacía muchos años que se veía libre de llave ni cerradura. La pobreza de lo que aquel recinto sagrado contenía, unido á la santidad del sitio,



permitía tan patriarcal confianza. Un simple pestillo separaba el dominio de la naturaleza de la casa de Dios. Agustín la franqueó con seguro paso y vióse dentro.

La mortecina luz de una pequeña lámpara, colgada ante la imagen de San Agustín, apenas bastaba para distinguir á un lado el gran Crucifijo, ante el cual se detuvo el joven trémulo y convulso. Hincó una rodilla en tierra, y después de balbucear una oración, levantóse y buscó con mano temblorosa el anillo objeto de su visita. Al encontrarle vaciló un momento. Era la voz de su piedad batallando con su avasalladora pasión. Pero pronto venció ésta. No es un sacrilegio, se dijo á sí mismo para acallar su conciencia. Dios me perdonará, porque al fin nada intento que sea reprobado. Entonces, haciendo un esfuerzo, tiró del anillo, pero el anillo no salió. Volvió á tirar con más fuerza, pero en vano. La sortija parecía clavada en la sagrada falange. Agustín, al considerar lo infructuoso de su empresa, sintió un terror como jamás lo había sentido apoderarse de todo su sér. Gruesas gotas de sudor frío inundaron su semblante; sus dientes se entrechocaron á merced del miedo y sus piernas flaquearon; pero aún pudo dominar su emoción. Dió una nueva sacudida tan fuerte,



que el Crucifijo entero se conmovió y vióse vacilar la imagen sacrosanta; pero el anillo no se deslizó un punto de donde se hallaba como fijo y formando íntima esencia con la imagen. Fué éste el último esfuerzo del joven. Loco de remordimiento y de sobresalto, salió de la capilla y dirigióse corriendo y fuera de sí al pueblo.

## CAPITULO IV

### El idiota.

Al pasar pálido, convulso y como huyendo de sí mismo junto á casa de Magdalena, apenas reparó en un extraño suceso que tenía lugar allí mismo, y siguió velozmente hasta llegar á su morada.

Huyendo de los insultos, risas, silbidos y golpes de un enjambre de chiquillos, yacía cobijado, casi tendido en la puerta de la casita, asilo de la santa joven, un pobre y harapiento muchacho, cuyo semblante demostraba el más lastimoso idiotismo. El instinto, pues que la inteligencia jamás había conseguido desarrollarse en aquel mísero cuerpo, le guiaba á buscar el apoyo de la virtud contra sus enemigos; y no en balde, porque bien pronto apareció en la entrada de la casa la angelical Magdalena, y formando con su cuerpo muralla á los escar-



nios y crueldad de los chicos del pueblo, cogió al pobre idiota, le hizo entrar en su habitación y cerró la puerta.

Entonces allí dentro se verificó el más sublime de los espectáculos. El mendigo fijó sus negros ojos en el semblante encantador de su protectora, y al mirarla, sin pronunciar una palabra, pues no sabía hablar, gruesas lágrimas de reconocimiento rodaron, quizás por primera vez, por sus tostadas mejillas. Púsose de rodillas delante de ella, cruzó sus manos como en acto de adoración, y con toda humildad besó muchas veces el delantal de la joven.

Magdalena le dió de comer; mas cuando, libre ya la calle, llegó la hora de hacer partir al desconocido, no fué posible lograrlo. Como un perro emplea todo su instinto en evitar que le arrojen de la casa que le cobija, así el idiota, con frases ininteligibles y como pidiendo ayuda, se arrastraba á los pies de su salvadora para que no le abandonase.

Al fin consiguió su objeto; lleváronle al llegar la noche á unas dependencias de la casa, y allí se cobijó aquel mísero cuerpo y aquella débil inteligencia más mísera aún.

Desde entonces su humildad, y el reconocimiento, única impresión que resplandecía en su rostro cada vez que veía á Magdalena, le

conquistaron la simpatía de aquella casa y el respeto del pueblo. Doña Lucía, que iba reco-  
brando la salud por momentos, también veía  
con agrado aquel testigo fiel de la bondad de  
su hija y de la gratitud del favorecido. Poco  
á poco todos se fueron olvidando de que era  
un extraño, y llegó el pobre idiota á ser con-  
siderado como huesped natural de aquella san-  
ta casa. Y en tanto el mendigo sólo parecía  
entre las tinieblas de su idiotismo distinguir  
una figura, la de su salvadora. Indiferente á  
todo lo que no fuese comer ó beber mientras  
ella no estaba delante, en seguida que apare-  
cía, el hambre y la sed quedaban olvidados, y  
en sus ojos y en su postura manifestaba que  
el resto de sentimiento y de inteligencia de  
aquel pobre sér todo era esclavo y lo ponía al  
servicio absoluto de la hermosa Magdalena.





## CAPÍTULO V

### La lucha.

Mientras esto pasaba en aquella casa, Agustín en la suya permanecía triste y desconsolado, batallando en su alma su inmensa pasión con lo que él juzgaba aviso del Cielo exigiéndole el sacrificio de su voluntad. Esta lucha de todos los momentos destruía su salud y quebrantaba su razón. Hacíase preciso un pronto desenlace, y éste no llegaba, porque á ello se oponían las iguales fuerzas de sus dos más ferrosas pasiones: el propósito, por un lado, de no desoir el sagrado aviso del Cielo, y el impulso vehemente, por el otro, de no sacrificar el amor que ardía en su pecho. Si uno de estos sublimes anhelos hubiera imperado con más fuerza en su corazón, habríase resuelto más fácilmente. No lejos de aquellas montañas, la soledad de un Monasterio le brindaba con el sacrificio de su amor temporal en pró de su eter-



no bien. Por otra parte, Magdalena que ignoraba lo que él creía aviso divino, quizás estaría dispuesta á que su sencilla promesa fuese compensada por otra penitencia, y esto era una esperanza que bien pronto podría transformarse en risueña realidad.

Pero Agustín no se decidía, y como preciado tesoro guardaba en el lugar más recóndito de su alma el secreto de su amargura, esperando sólo en Dios una solución á sus tormentos.

Magdalena en tanto asistía con tierna solicitud á su madre, que pronto entró en plena convalecencia, y hasta el pobre idiota, pareciendo comprender la virtud de su bienhechora y que su salvaguardia estaba en ella, llegó á tal extremo de voluntaria servidumbre, que espiando continuamente desde su habitación la salida de Magdalena, en cuanto la vislumbraba la seguía, fuese adonde fuese, no abandonándola ni un momento hasta que volvía á entrar. Así pasaron los días y los meses; así fué apareciendo el triste invierno.

El cielo, antes tan hermoso, fué cargándose de nubes, indicio del mal tiempo; los dorados rayos del sol, faltos de fuerza, sólo traían al valle un débil calor, que el viento helado disipaba prontamente. Los abruptos picos que do-



minaban la aldea apenas se distinguían, cubiertos por la densa bruma, y desde la más rica vegetación hasta la pobre hierbecilla silvestre, todo se secaba y desaparecía bajo un manto de nieve.

Ya el airoso roble y el añejo nogal no servían para cubrir de los rayos solares al tranquilo pastor, dormido al són del balido de sus ovejas, ni las alegres romerías de los contornos podían tener lugar á la sombra de los bosques grandiosos de la montaña, porque los árboles, despojados de sus hojas, presentaban el aspecto de inmensos esqueletos diseminados en un extenso cementerio. Toda la naturaleza vestía de luto.

Agustín seguía viendo, aunque de tarde en tarde, á Magdalena; y firme en su ardiente amor al par que en su deber, vivía resignado, ó por lo menos así aparecía á los ojos de sus convecinos. Pero Magdalena ignoraba una circunstancia, si pequeña en apariencia, más grande por su significación. No sabía que Agustín muchas noches pasaba horas enteras reclinado en la ventana de su cuarto, contemplando el cielo, los montes, la casita de su amiga, y al retirarse brotaban de sus ojos lágrimas de dolor; lágrimas silenciosas, desconocidas para todos menos para Dios y para él, pero que por



lo mismo eran manifestación del sacrificio y del martirio.

A principios del mes de Diciembre, en una helada y tormentosa noche, mientras el honrado labrador descansaba, y á pesar del lejano y temeroso estampido del trueno y el rojizo resplandor del relámpago, Agustín, consecuente en su propósito, abrió la ventana y reclinóse en ella. La lluvia caía á torrentes; la obscuridad, completa, sólo era iluminada de vez en cuando por el chispazo eléctrico; todo callaba en el campo; sólo la tempestad alzaba su gigante voz. Agustín, con la mirada errante, buscaba en medio de la obscuridad alguna luz que alumbrase su vista, alguna estrella que guiase á sus ojos; mas las negras nubes, ocupando todo el horizonte, le negaban este auxilio, y aunque los relámpagos iluminaban por un instante los objetos, enrojecían la atmósfera tan intensamente, que Agustín cerraba los ojos, no por miedo, sino por instinto. Así pasó una hora; el viento, gimiendo y silbando, trajo á sus oídos lejanos rumores que mezclándose al ruido de la tormenta, semejaban ayes lastimeros de seres invisibles. El joven se estremeció involuntariamente. Los corazones demasiado sensibles se sobresaltan por vagas quimeras, y creen hallar avisos de luto ó alegría en los so-



nidos que trae el viento al deslizarse por entre las hojas del bosque, ó en esos murmullos misteriosos que en el silencio de la noche no turban el sosiego del que tranquilamente descansa, pero que exaltan y estremecen á los desgraciados que velan llorando. Un momento después Agustín creyó notar en lo alto de la montaña que tenía á su frente una pequeña luz, que aparecía y desaparecía por intervalos. Inquieto fijó su mirada en aquella parte del monte, y bien pronto vió multiplicarse las luces, que se movían y desaparecían con rapidez para luego aparecer en distinto sitio. Todo esto, unido á las pavorosas tinieblas de la noche y á la situación de su ánimo, daba un aspecto extraño y misterioso á la aventura. Luego oyó una lejana trompa que extendía por el aire broncos sonidos. Entonces, como por encanto, las luces desaparecieron, la obscuridad tornó á reinar en la campiña, y el joven, después de un breve rato en que nada humano volvió á sentir, se retiró de la ventana, sombrío y preocupado, cuando ya la claridad precursora del día comenzaba á definir las vagas líneas del cerrado horizonte y á tiempo que los alegres tañidos de la campana de la iglesia anunciaban el alba.

Aquella mañana los aldeanos al levantarse se



vieron sorprendidos por una docena de hombres fuertes y de aspecto marcial, que habían entrado en el pueblo y se hallaban recorriéndole. Todos vestidos de caprichoso modo, llevaban sendos trabucos y puñales, lo que añadía un nuevo temor á los sencillos habitantes de la aldea. Entre estos hombres se distinguía uno mejor vestido, más armado aún y á quien parecían respetar sus compañeros. Era bajo, mal encarado, de barba negra y ojos de fuego; su voz ruda cuando mandaba, dulcificábase cuando aparecía satisfecho. Rodeado de algunos otros, apenas se dignaba responder á los que humildemente le dirigían la palabra, apareciendo como un rey acompañado de sus vasallos, ó más bien como un capitán de bandidos rodeado de sus secuaces.

Los aldeanos, reunidos en la plaza, se preguntaban en voz baja los unos á los otros quiénes eran y de dónde venían aquellos hombres; pero nadie satisfacía tales preguntas, porque ninguno sabía la procedencia de los desconocidos. Pronto la pequeña tropa dejó su incógnito, entrando sin miramiento alguno en las casas del pueblo pidiendo habitación y comida. El que parecía jefe miró al exterior de muchas; pero no pareciéndole ninguna digna de su jerarquía, fijó al fin sus ojos en donde se hallaba la casita



de Magdalena, blanca y limpia como la espuma de una cascada. Satisfecho de su aspecto, allí se dirigió y fijó sus reales. La madre de Magdalena, con harta sorpresa y disgusto, tuvo, no obstante, que darle entrada, y de este modo, poco después todos estaban acomodados en sus alojamientos.

En tanto Agustín, después de retirarse de la ventana rendido por el sueño, se había dormido, sin que por esto le fuese notada la presencia de la pequeña tropa. Así, cuando despertó y fué á ver á su querida madre, se sorprendió no poco al oír contar el suceso que tanto preocupaba á los vecinos. Impaciente y decidido á todo, salió á la calle y se enteró de lo que había sucedido. ¡Cuál no sería su sorpresa y disgusto al saber que el jefe estaba en casa de su querida Magdalena! Sin descansar corrió á ella, llamó á su puerta, y pálido é inquieto entró en una salita del piso bajo donde se encontraba la joven. Allí estaba también Doña Lucía y el desconocido, que echado indolentemente sobre un sillón saboreaba con gran cachaza un cigarro, sin parecer importarle gran cosa el terror de las dos mujeres. Estas, al ver á Agustín, se reanimaron y con el más vivo afán acercáronse rápidamente al joven para que las amparase. Entonces el des-



conocido clavó su penetrante mirada en Magdalena, descubrió su contento, y volviendo la vista á Agustín le dijo con una sonrisa que parecía una burla:— ¡Hola! ¿ya está aquí el defensor de la inocencia? Valiente defensor; muchos como tú se necesitarían para que comenzara á preocuparme.

Á estas palabras el aldeano se sonrojó de ira. Aquellas frases burlonas eran un sarcasmo y un insulto. Agustín las tomó por una provocación; los sentimientos de su decoro y de su valor ofendidos se despertaron en su alma, y herido en lo más íntimo de su corazón le respondió con lentitud, pero con energía:

—¿Quién soís que así entráis en esta casa, donde nadie os conoce? Decid pronto qué queréis, y luego marchaos; que aquí no se reciben viajeros, y menos con tantas armas y tan pocos miramientos como vos.

—¡Yo marcharme! ¡Ja, ja, ja! En eso pienso— repuso el desconocido, y siguió riendo.

— ¡Oh! ¿Conque os reís y no queréis decirme lo que aquí os trae?—dijo, lleno de furor, Agustín. —¿Teméis quizás que vuestro nombre nos horrorice, ó vuestras intenciones son malvadas?

— ¡Ja, ja, ja! —respondió con imperturbable sangre fría el desconocido;— parece que el mo-



cito se exalta; veremos de apaciguarle. — Y levantándose al decir esto, se acercó á Agustín, añadiendo: — ¿No ha llegado á tus oídos el nombre de Juan *el Lobo*, ni el de su invencible cuadrilla, que burla á sus perseguidores y no da cuartel á los que persigue? Por si acaso este nombre no te es desconocido, quiero enseñarte á quien con justicia lo lleva. Yo soy Juan *el Lobo*, y por cierto que, según la calma con que te he oído, debería mejor llamarme el buen Juan; pero, ¡qué diablo! las gentes como yo se ríen de los débiles, del mismo modo que los perros grandes desprecian los ladridos de los pequeños. — Y con el mayor desprecio le volvió la espalda.

Este nombre heló de espanto á las pobres mujeres, que sabían las hazañas del entonces famoso bandido. En cuanto á Agustín, quedó atónito, luchando con dos sentimientos: el orgullo y amor propio tan cruelmente ofendidos, y el inevitable temor á tan gran criminal. Pronto hubiera triunfado el primero, según se conocía por su semblante; pero Magdalena, como ángel de paz, se echó á sus piés llorando y pidiendo que se calmase.

Agustín, al ver á su amada en esta postura, olvidó su injuria para no acordarse más que de su amor; leyó el cariño y la súplica en los



negros ojos de la joven, y loco de felicidad y temblando de emoción, la dijo rápidamente:

— Vete á mi casa con tu madre, que yo os salvaré.

Magdalena al oírle se adelantó, resuelta á aceptar el consejo de su amigo; su madre iba á seguirla; pero el bandido, que comprendió su intención, se dirigió prontamente á la puerta, y cerrándola de golpe dijo:

— Por mi alma que no saldréis, bella joven; que harta descortesía fuera dejarme solo, y necedad grande la mía consentir marchar á tan hermosa criatura; tanto más, cuanto que podéis estar cierta de que si me gusta asustar á los hombres, también me agrada mucho contentar y satisfacer á las niñas tan bellas como vos.

— ¡Oh miserable! — prorrumpió después de un instante de sorpresa Agustín; — saldrán aunque te opongas.

Y rápido como el rayo, cogió por el cuello al bandido y le arrancó de la puerta, abriéndola y ofreciendo el paso á Magdalena y á Doña Lucia, que rápidamente huyeron. Entonces Agustín, resuelto á todo, se dirigió al salteador que repuesto de un ataque tan brusco venía sobre él con un puñal en la mano, y fiando sólo en un grueso bastón que llevaba, de un fuerte



golpe hizo caer el puñal al suelo. En seguida, y mientras que el bandido, loco de rabia, marchaba hacia una mesa donde había dejado sus pistolas para vengar tal afrenta, Agustín de un salto franqueó la puerta, y fuera ya, la cerró con llave, dejando preso al bandolero, cuyas maldiciones y amenazas aún llegaban á sus oídos al salir á la calle.

Luego, sin perder un momento y en tanto que los secuaces de Juan *el Lobo* descansaban de sus correrías y crímenes confiados en el terror que inspiraban á los inofensivos campesinos y en el poder y pericia de su jefe, Agustín, de casa en casa, iba preparando á la defensa á sus paisanos. Pronto, y como si se dirigieran á sus ordinarios trabajos del campo, salían tranquilos de sus moradas varios jóvenes, cuya secreta misión era la de pedir auxilio y protección á los pueblos inmediatos. Es costumbre en estas montañas del Pirineo, siempre que un peligro ocurre ó una partida de facinerosos aparece en la comarca, tocar á somatén y prestarse mutuo auxilio todos los habitantes de las distintas aldeas, hasta que el peligro desaparece ó hasta que la partida es cogida ó se dispersa.

No pasaron muchas horas sin acudir al llamamiento. Por todos lados viéronse coronar



los vecinos montes de una abigarrada multitud, compuesta de los más valientes y esforzados habitantes de la comarca, armados cada cual con el arma que más le plugo, pero todos animados del mismo deseo: el de exterminar á los enemigos de su reposo y de sus hogares.

El pueblo entero se enardecíó á su vista y en todas las casas resonó el grito de guerra contra los bandidos, mientras que éstos se reunían á una parte de la aldea, preparándose para la defensa.

Mas á pesar de ser el peligro cada vez mayor, su capitán no aparecía por ningún lado, y esta falta del más audaz y valiente de la cuadrilla les tenía temerosos é irresolutos. Así sus armas permanecían ociosas entre sus manos, y ya sus enemigos, aumentándose por momentos por todos los caminos y veredas, se reunían en pelotones, disponiéndose al ataque, cuando los bandoleros, que observaban con ansiedad creciente el aumento cada vez más visible de sus perseguidores, y sobre todo el extraño abandono en que les dejaba su jefe, comenzaron á murmurar primero, siguiéronse las disputas y distintas opiniones, y por último, discordes y acobardados, fueron apelando á la fuga para salvarse. Mas apenas alguno pudo conseguirlo.



Como un cerco de fuego los montañeses les rodeaban por todos lados. Poco á poco el cordón fué estrechándose más y más, y al cabo de algún tiempo casi todos los bandidos tuvieron que entregarse á discreción, dejando libre al pacífico pueblo.

Sólo faltaba el capitán; pero Agustín, guiando á los más resueltos de sus compañeros, entró en lo que él creía prisión aún de Juan *el Lobo*. ¡Cuál no fué su sorpresa al ver que allí no estaba ya el bandolero! Las rejas de las ventanas parecían hacer imposible la huída, y, sin embargo, el preso había desaparecido. Sólo al registrar la habitación descubrióse la clave del enigma. Uno de los barrotes de la ventana del fondo había sido arrancado. Acaso el tiempo que en esta operación necesitó emplear el bandido le impidió llegar á ponerse al frente de sus secuaces, y quizás esto había librado al pueblo del saqueo y del incendio.

Desesperanzado ya de volver á prender al foragido, Agustín y sus compañeros determinaron aprisionar en lugar seguro á sus rendidos secuaces. Reuniéronse con este objeto en la plaza victoriosos y vencidos, y poco después viéronse perder entre los montes y por distintos caminos grupos numerosos, conduciendo á los presos á las más seguras cárceles de



la comarca. Así, cuando llegó la noche serena y silenciosa á cubrir con sus tinieblas la humilde aldea, Magdalena y su madre, de vuelta á su casa, pudieron entregarse al descanso, libres de todo temor.

## CAPÍTULO VI

### Entrevista.

Dos noches después de los sucesos referidos Agustín velaba, pensando con placer en la pasada victoria y en la seguridad presente de su amiga; dieron las doce y abrió la ventana, quedando pronto absorto contemplando á la pálida luz de las estrellas la blanca ermita de San Agustín, teatro de su dolor.

Luego volvió los ojos á la casa de su amada y estuvo un rato sin poder separar su vista de aquella mansión de la que más adoraba en la tierra.

De pronto creyó ser juguete de una ilusión, pues parecióle que un balcón se abría y que un bulto asomaba, y su emoción subió de punto creyendo descubrir, á pesar de la distancia, el busto de Magdalena destacándose á la luz de



la luna, tan bello como la aparición de un ángel.

Su sorpresa igualó á su emoción en el primer momento, porque jamás había visto en sus largas noches de vela aparecer á tales horas tan encantadora imagen; pero pronto dominó la pasión á la extrañeza, y sin darse cuenta de lo que hacía, el enamorado joven bajó de un salto la escalera, abrió la puerta y voló adonde su pasión le llamaba.

Conforme iba marchando, la imagen aparecía más evidente. Era Magdalena, sí, que recostada en el alfeizar de su ventana y con los ojos elevados al cielo, estaba tan prodigiosamente encantadora como sólo el ensueño puede concebir.

Agustín, loco de amor, llegó al fin, y sólo oyó un débil grito. Alzó la cabeza, y ¡oh desdicha! la ventana se había cerrado. Entonces el abatimiento más profundo se apoderó de su alma.

Creyó desprecio ó desdén lo que quizás sólo significaba timidez, y exagerando su desventura, se dejó caer en un banco que á la puerta había.

Allí permaneció insensible á todo, con la cara oculta entre las manos, sin pensar en nada, porque sólo acertaba á sufrir.

Pero llegó un momento en que una voz dulcísima llegó á sus oídos. “Agustín, ¿qué haces?” oyó, y poniéndose en pie de un salto, miró arriba y volvió á ver á Magdalena, que desde su ventana le enviaba su más dulce sonrisa.

Extático al verla tan hermosa, no supo qué contestar; aún se marcaban en su semblante las huellas de su pasado dolor; pero de su alma había desaparecido la amargura ante aquellas palabras de piedad, y sobre todo ante aquella dulce sonrisa de amor que le inundaba de las más celestiales delicias. Magdalena volvió á hablarle.

— Agustín — le repitió, — ¿qué haces aquí? A estas horas, cuando puedes verme y hablarme todos los días, no está bien que vengas. Y sobre todo, ¿por qué estás tan triste?; ya sabes que yo no quiero verte así. Quisiera que el compañero de mi infancia fuese conmigo cariñoso como siempre, y también que estuviera alegre y contento como antes. Tu pena me hace daño, mucho daño.

— ¡Oh Magdalena! — respondió el enamorado joven sin poderse contener por más tiempo — Dios sabe que no pensaba venir; pero te he visto desde mi casa, y no pude resistir á la tentación de verte y hablarte. Porque es preciso, Magdalena, que te confiese todo lo que



me pasa. Te he ocultado por sobrado tiempo ya lo que siento por tí; quizás hubiera tenido todavía el valor de ocultártelo; pero después de lo que ha pasado, no puedo más. Al ver en tu casa á ese infame bandido y al usar del derecho de defenderte como si fueras mi esposa, he sentido orgullo y placer á la vez; pero luego, cuando el peligro ha pasado, la idea de que llegue un día en que pueda ver junto á tí á otro hombre que no sea yo y á quien no tenga el derecho de arrojar de tu casa porque se llame tu marido, me ha hecho sufrir de tal manera, que me he decidido á confesarte, Magdalena, que te adoro con toda mi alma, que mi vida ó mi muerte depende de tu contestación, y que si no me quieres, será una dicha el que yo muera antes de que te cases con otro; porque si te veo casada es casi seguro que Agustín, que ahora presume de bueno, llegue á ser un criminal. Esto, Magdalena, pensaba cuando te he visto, esto mismo pienso ahora y esto pensaré hasta que deje este mundo, porque tú has llegado á ser para mi corazón y para mi vida tan necesaria como la sangre que circula por mis venas.

Temblándole la voz de emoción acabó Agustín de hablar. Magdalena, oyéndole, lloraba. Mil encontrados sentimientos agitaban su pe-



cho. Iba á decirle “yo te amo,„ pero no acertó á hacerlo. Parecióle que una fuerza interior detenía su lengua, que una voz secreta la decía: “Calla, que ya eres la prometida de Dios; si fuese otro hombre tu rival, Agustín merecería tu preferencia; pero no es un hombre, es Jesús el que te solicita. Piénsalo bien, que las promesas que al Señor se hacen Él sólo puede desatarlas..”

Batallando su pobre corazón con la voz de su piadosa conciencia, Magdalena no respondía. De pronto levantó la vista y á lo lejos descubrió la ermita de San Agustín. Una plegaria de ardiente súplica acudió á sus labios pidiendo ayuda al excelso Patrón del pueblo, y ¡cosa extraordinaria! de pronto iluminóse todo el contorno de la capilla con luz blanquecina y misteriosa.

Magdalena dió un grito, y señalando aquel extraño fulgor, dijo á Agustín:

— ¡Mira, mira!

— Y Agustín volvió la vista sorprendido. Aquella luz, que vió también, llenó su alma de un supersticioso terror. Volvieron á su memoria en el instante mismo todas las impresiones que había sentido cuando huyó de la ermita. Parecióle que Dios se interponía en su camino, que le prohibía su amor, y lleno de cruel



angustia, fija su mirada en la ermita, sintió que sus piernas flaqueaban y cayó sobre el banco, testigo antes de sus quejas y ahora de su terror.

Entonces oyó por última vez la voz de Magdalena.

— Agustín — le decía aquella voz, que ya no resonaba como antes á sus oídos como nuncio de esperanza, sino como señal de separación—vete; mañana por la tarde en la ermita Dios nos iluminará.

Y el pobre joven entonces, como obedeciendo á un mandato divino, se levantó, y loco, calenturiento, echó á correr hacia su casa.

Magdalena le siguió con la vista un instante, volvió á mirar á la ermita del Santo, siempre iluminada por aquella blanquecina luz, quizá reflejo de algún grupo de estrellas ó quizás aviso divino, levantó sus hermosos ojos al cielo y lentamente cerró la ventana.

Un momento después, tras unos árboles cercanos irguióse una figura negra y amenazadora.

—Hasta mañana—dijo—hasta mañana. Allá nos veremos.

—Y el capitán de bandoleros, extendidos los puños en señal de desafío, desapareció en seguida entre las tinieblas.

La cita para la capilla que se dieron los dos amantes había salvado aquella noche la vida de Agustín, pues ya no sólo venganza, sino también el logro de sus brutales apetitos era lo que esperaba alcanzar en la siguiente tarde Juan *el Lobo*, á quien de otro modo hubiera sido fácil deshacerse de su mortal enemigo.

---





## DESENLACE

---

Pasó la siguiente mañana, y llegó la tarde fría y tormentosa. Poco después de las cuatro, por la senda de la ermita subía un hombre velozmente. Era Agustín, que loco de amor acudía á la cita, en la que iba á resolverse su porvenir. La lluvia comenzaba á caer en gruesas gotas, y ese olor, indicio de la tormenta, impregnaba el aire, dificultando la respiración; pero el joven aldeano, extraño á estas señales, caminaba con rapidez, sin que su pensamiento se ocupase de otra cosa que de su amor, ni su corazón latiese más que por el recuerdo de Magdalena. Un trueno, aún lejano, se dejó oír imponente sobre las montañas, acompañado de un rojizo resplandor. Poco más adelante del joven se alzaban á la orilla de la senda gruesos matorrales: uno de ellos comenzó á mover-



se con impulso extraño, pero Agustín nada vió. Luego una voz baja, muy baja, resonó entre los bojes que decía: — Ya viene, ya se acerca; ¡gracias, infierno, que me ayudas!

Agustín creyó notar algo parecido á la voz humana; paróse y escuchó; mas ya sólo se oía el ruido de la tempestad que se aproximaba. El joven recorrió con su vista el sombrío bosque; su mirada penetrante iba quizás á descubrir á su perseguidor, cuando otro objeto, lejano todavía, blanco y fantástico, le dejó absorto en muda contemplación. En aquel sér, que se acercaba hacia la ermita, su corazón de amante había descubierto á Magdalena, á su pura é inocente amiga, que como él marchaba á orar. Al verla, Agustín comenzó á temblar, como si el miedo le hubiese embargado. Un ronco suspiro salió de su pecho y fué á perderse en el aire, y al pronunciar el nombre de su amada sus piernas flaquearon, negándose á sostenerle.

Entre la espesura dos ojos brillantes miraban esta transformación del aldeano con asombro.

— ¡Es muy extraño! — murmuró el capitán de bandidos en voz baja.

El salteador entonces vió á la joven que se acercaba, comprendiendo, al verla tan hermo-



sa, la turbación de Agustín y aumentándose su odio al joven. Magdalena venía tranquila, sin sospechar ninguno de los peligros que la cercaban. Un rayo de sol, apareciendo por entre las pardas nubes, le acompañaba en su camino, iluminando con sus reflejos su encantadora figura y llenando así al capitán, que la contemplaba desde su retiro, de los más vivos deseos, y á Agustín del más ardiente amor.

Mientras Magdalena se aproximaba más y más por momentos, seguía el joven inmóvil, fijos sus ojos en aquella niña tan querida. Ya no prestaba oído á las ramas que cerca de él seguían moviéndose, agitadas por la impaciencia del bandolero. Todo había desaparecido á sus ojos; campo, monte, abismos; sólo veía aquella encantadora figura. Pero pronto la joven se acercó tanto, que podían oirse sus pisadas. Entonces Agustín hizo un esfuerzo, y separándose rápidamente huyó, cubriéndose detrás de un arbusto. Su piedad le hizo comprender que en esta suprema entrevista sólo tenía el derecho de expresar su pasión á Magdalena después que ella hubiera elevado su plegaria á Dios. La hermosa aldeana siguió hasta la capilla, en la cual entró, arrodillándose ante el Santo Patrón de la aldea. Agustín apareció en el umbral, pálido y convulso. La santidad



del sitio, el silencio de la tarde y aquella majestad sencilla, pero imponente, que dentro reinaba, llenó su alma de inmenso respeto y de consoladora esperanza. A su vez cayó de rodillas y comenzó á orar fervorosamente, pidiendo al Cielo auxilio y protección á su ardiente amor. Fijó los ojos en la imagen de Cristo crucificado, y con el más vivo asombro y la más loca alegría creyó notar que el anillo de la promesa se había corrido un poco en el dedo sagrado. Ansioso y delirante se levantó, y extendiendo el brazo cogió el anillo, que dulcemente se deslizó entre sus manos. Dios se había apiadado de los dos amantes. En su infinita sabiduría retuvo el signo de la promesa, para indicarles el camino de la perfección, pero en su también infinita misericordia lo había amorosamente devuelto en cuanto los dos enamorados se lo pidieron á la vez, porque Magdalena también oraba rogando al Altísimo que favoreciese á su pasión, ya bien manifiesta en su pecho.

Agustín quiso lo primero dar á conocer á su amada el nuevo milagro; dió un paso hacia ella, pero en el mismo instante oyó ruido detrás, miró y vió venir un hombre con un puñal en la mano. En seguida reconoció en él al jefe de los bandidos. Rápido como el rayo, el valiente ena-



morado de un salto se colocó junto á Magdalena para proteger con su cuerpo el de su prometida, y cuando á pie firme y con los brazos abiertos se aprestaba al sacrificio por liberarla, vió con asombro vacilar al bandido y luego rodar por el suelo.

Entonces fue testigo mudo de una sangrienta escena. Un cuerpo raquítico y contrahecho apareció confundido con el del coloso derribado. Vió al idiota, al esclavo sumiso de Magdalena, incorporarse sobre su víctima, coger el puñal que aquél había dejado caer y hundirlo una vez, otra y veinte más en el pecho de Juan *el Lobo*, acompañando á cada golpe exclamaciones incomprensibles de feroz alegría.

Magdalena, que al sentir llegar á su amado volvió la cabeza, vió también al bandolero y cayó desmayada.

Y el imbécil seguía hiriendo con frenesí, y sus carcajadas interrumpían sólo aquel silencio de muerte.

Salpicado el traje, la cara y las manos de sangre caliente, hería y hería, como si hallase en su instintiva venganza deleite indecible.

Se estremecía entre tanto el cuerpo del bandido moribundo, primero con enérgicas convulsiones, después más débilmente, y por último con los postreros espasmos de la agonía, y aún



el feroz verdugo seguía ocupado en su obra destructora.

Así pasaron unos minutos, largos como siglos. De pronto aquella desarreglada inteligencia cambió de rumbo. Arrojó el mendigo la inútil arma, y abandonando el cuerpo muerto de su víctima, se acercó al de Magdalena y comenzó á acariciar su mano y á llamarla con palabras incomprensibles, dulces y tiernas como el quejido de un niño. A la expresión de la más terrible cólera y del contento más cruel sucedió en su rostro deforme el sentimiento de tiernísimo interés. Gruesas lágrimas resbalaron por sus abultadas mejillas, y su cuerpo contrahecho, inclinado ante el de la hermosa aldeana, espiaba con ansia el más pequeño movimiento que aliviase su inmenso dolor. Poco después Magdalena volvía en sí.

Su primera mirada fué para su prometido, que, mudo de asombro primero y enajenado después por la inmensa dicha de ver cómo revivía la elegida de su corazón, la contemplaba con cariño infinito. La alegría del pobre idiota se manifestó á la vez con tales extremos, que más que imbécil parecía un loco. Todo ofrecía en el sagrado recinto la imagen de la felicidad; todo menos aquel cuerpo ensangrentado que, rendido é inerte, demostraba cuán poco vale la



fuerza y la voluntad humana si lucha contra los designios de Dios.

Cuando salieron de la ermita los dos enamorados, después de dar gracias por su milagrosa ayuda al Todopoderoso, y como un amigo leal les iba acompañando el pobre idiota con gran asombro y alegría por las muestras de reconocimiento que le prodigaban, Magdalena y Agustín pudieron explicarse el auxilio de su fiel salvador.

Este, que á todas partes seguía á su favorecedora, había llegado también á la capilla guiado por el instinto de su cariño, y cuando vió aparecer la terrible figura de Juan *el Lobo* blandiendo el puñal, un destello de luz surgió como un relámpago en su apagada inteligencia. Creyó que corría peligro su adorada protectora, y se tiró á detener á su enemigo, consiguiendo alcanzarle, hacerle tropezar y caer. Así pagó su deuda de gratitud un mísero imbécil, de más cumplida manera y con más destreza y abnegación que suelen hacerlo aquellos que presumen de inteligentes y los que se consideran más agradecidos.

— Magdalena y Agustín, guiados por su fervor religioso, fueron después en peregrinación con varios de sus parientes y amigos á otra comarca, donde unos santos Misioneros con-



mutaron la promesa de Magdalena por una penitencia. Luego se casaron, — acabó diciendo el que me contó esta historia; — y si hoy puedo referir á usted con tantos detalles lo que en este mismo sitio sucedió hace más de siglo y medio, debo esta suerte á habérselo oído contar á mis padres como tradición de familia, pues soy el descendiente más directo de aquel feliz matrimonio.

Después de haber oído en silencio esta narración tan sencilla como interesante, una sola duda me quedaba, que expuse francamente á mi amable *cicerone*.

—¿Cómo es — le pregunté — que tan interesante pueblo yace triste y abandonado? Y él me respondió:

— Varias han sido las causas que han convertido en solitario campo la antigua aldea. Ya poco después del sangriento suceso de la ermita fueron emigrando á los vecinos pueblos algunos de sus aldeanos, los más medrosos, por haber corrido la noticia entre ellos de que por las noches aparecía por estos lugares el alma del bandido, de lo cual daban fe pastores y viajeros. Más tarde, la escasez de cosechas y el aliciente de imaginadas riquezas en lejanos países dió mayor impulso á la emigración, de tal manera, que según me contaron mis padres y

ellos oyeron de los suyos, ya á la muerte de los protagonistas de esta historia, que aún vivieron largos años dichosos y tranquilos, pocas casas quedaban en pie, acentuándose la dispersión después. Así hoy sólo queda como principal testimonio de mi relato esa blanca ermita, y dentro de ella el santo Crucifijo, que aun hoy se llama el de la Promesa.

Calló mi amigo, y lentamente abandonamos aquellos pintorescos lugares para volver al pueblo que me daba albergue; mas antes de dejar el valle solitario experimentó mi corazón ese sentimiento de profunda tristeza que embarga el ánimo de quien sabe sentir, al apartarse quizás para siempre de donde otros seres buenos y amantes han vivido, han sufrido y han gozado, y cuya memoria mañana desaparecerá en el olvido, como ya han desaparecido sus cuerpos en la tierra.

FIN





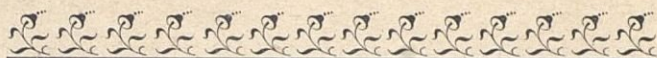
LUIS Y REGINA

---

NOVELA ORIGINAL







# LUIS Y REGINA

NOVELA ORIGINAL

---

## INTRODUCCIÓN

Hace tres años, vecino mío de cuarto en una fonda de Aguas Buenas vivía un joven, con quien me unió pronto secreta simpatía. Era alto, delgado y de carácter melancólico. Acompañábale un criado, que todos los días tenía que recordarle la hora de tomar el agua mineral, y aun así la bebía sin fe, distraído, como quien cumple con una obligación penosa. En cambio gustábale mucho dar grandes paseos por los sitios más solitarios y agrestes, á los que yo le acompañaba con frecuencia. En ellos hablábamos de artes, de ciencias, pocas veces de política y nunca de su pasada vida, por que siempre que yo tocaba á ella me interrumpía con sonrisa triste, variando de conversación. En todo lo demás mostrábame su parecer



con franqueza, y casi siempre concordaba con el mío. Así es que pronto abandonamos toda otra compañía, y mientras los demás bañistas distraíanse oyendo la música en el jardín central, nosotros elegíamos por paseo, ora los caminos sinuosos de la montaña de Gourzy, ora la salida hacia Laruns, penetrando á veces en el estrecho desfiladero que va á Aguas Calientes. Por fin llegó el día de separarnos. Él había acabado su temporada de aguas y volvíase á una casa de campo que tenía en el Norte de España. Le acompañé hasta el coche, y antes de partir me apretó la mano, diciéndome con voz conmovida:

—¡Es triste separarse tan pronto, y acaso para siempre, de quien se interesa por uno! pero ya que es preciso, al menos espero enviarle noticias mías como última memoria.

Desde entonces no le he vuelto á ver; pero el año pasado recibí un pliego, y en sobre separado una carta. En ésta el pobre joven se despedía de mí y me entregaba el siguiente manuscrito, que era lo que más estimaba;—“ porque—decía—ninguna mano amiga tengo á quien confiarlo más que á usted.„ Yo, antes de darlo á luz, he dudado mucho. Si ahora lo publico, es con la esperanza de que quien lo lea dedicará un recuerdo á mi amigo.

## PÁGINAS DE UN MANUSCRITO

---

### I

“Solo y aislado en el mundo, sin una voz amiga que me consuele, sin un sér que recoja y seque mis lágrimas, comienzo estas memorias. Cuando la tristeza ahoga y se vuelve la vista por todos lados sin encontrar otra cosa que indiferencia, dichoso el que sabe escribir. En una hoja de papel se imprimen nuestros sentimientos, y la pluma, al expresarlos, llora con nosotros cuando todos los demás callan. Prometo depositar aquí mis impresiones, mis desgracias y aun mis placeres, si es que los siento alguna vez, aunque no los espero, pues ya me parece la vida demasiado larga y triste. Desde los catorce años quedé huérfano; á mi padre, que perdí mucho antes, no le he conocido, y á mi madre Dios se la llevó cuando cumplí esa edad. Mucho lloré al perderla, pero nunca bastante,



pues cada día siento más su falta. Su recuerdo es el único dulce y tranquilo que me queda. Aun ahora mismo la palabra ¡madre! se escapa de mis labios. Pero la llamo en vano, no contesta, está muy lejos y ni aun me es permitido ir á buscarla. ¡Dios mío! ¿es posible que una madre se separe de su hijo?

Pero el tiempo no pasa en balde; las penas del corazón, para los unos se cicatrizan andando los años, y para los otros cambian sus efectos. Al llanto sucede la tristeza, y á la desesperación la melancolía. Aquellos recuerdos que al principio de la desgracia matan, luego son nuestro consuelo. Por eso ahora, recordando á mi madre, paso muchas horas, las más dulces de mi presente vida. Después que murió, mis demás parientes poco á poco me fueron dejando solo: lo comprendo; tenían sus hijos y esposas, que ocupaban todo su corazón. Luego mi tutor fué mermando mi capital y abandonó su cargo. Entonces ya perdí un amigo y una ilusión; en cuanto al dinero, no me importa, que más vale una palabra de verdadero cariño. Aún conservaba mi mayor tesoro: la casa de mi madre y su jardín. Allí estaban, el banco donde tantas veces se sentó á mecirme sobre sus rodillas; el reclinatorio en que tantas otras la sorprendí rezando por mi felicidad; la mesa

donde comía á mi lado; hasta la cama donde murió..... Cada habitación era un santuario para mis recuerdos, cada mueble atraía mi respeto. Yo no había permitido que nada variase de sitio desde su muerte, y mi mayor gusto era sentarme junto á una gran ventana, en la misma silla en que ella acostumbraba á leer para descansar de los cuidados domésticos.

Pero llegó un día fatal en que uno que se atrevía á llamarse pariente mío me arrebató mi casa para fundar sobre sus ruinas una industria. De nada sirvieron mis ruegos, mis lágrimas, ni aun mis amenazas. Por primera vez registré títulos, escrituras, y promoví un pleito que fallaron en contra mía. Medio loco de dolor tuve que abandonar aquellos lugares y me vine á un pueblo cercano á Madrid, donde tengo aún unas tierras y una pequeña casita, único asilo que me queda. Aquí he trasladado todos los muebles de mi madre, y acabo de reedificar mi habitación con los mismos planos de la que abandoné. En este desierto pasaré mi vida ignorado é ignorante del mundo, apuntando en este libro mis pensamientos, hasta el día en que mi último suspiro concluya sus páginas.





## II

¡Qué injusto es el hombre! Yo me creía desgraciado para siempre, porque lo he sido hasta ahora, sin comprender que nada hay eterno en el mundo.

Hace un mes que vivo completamente solo en mi nuevo albergue. Esta mañana, apenas el sol doró nuestro horizonte, salí de casa aprovechando la alegría del campo. El día estaba hermoso: los rayos del sol, débiles aún para absorber el rocío de la noche, hacían brillar las gotas de agua depositadas en las hojas de las plantas como estrellas caídas. El viento suave refrescaba mi frente, aumentando la vida y las ideas. Ya los pajarillos daban principio á sus tempranos cantos. Ya también á lo lejos veía marchar tranquilamente las yuntas y los rebaños hacia las tierras donde el labrador encuentra su esperanza. Si yo fuera poeta, hubiese cantado lo que veía; pero no lo soy, y me con-



tenté con sentir. No llevaba dirección fija, marchaba al acaso, porque todo, el monte, la llanura, el bosque, era á cual más bello. Poco á poco fuí dejando atrás mi casa, internándome por la primera senda que hallé. Luego vi un camino, le seguí, y después de andar como una media legua, me encontré en otro valle, con nueva decoración por horizonte, nuevas praderas por alfombra y nuevas casas por monumentos.

A poco oí detrás de un seto que bordeada el camino una voz dulce y suave que entonaba con sentida melancolía una triste canción. Las palabras eran tan tiernas como sencillas: una muchacha que se lamenta de la muerte de su madre. “Ya no me dormiré sobre sus rodillas—decía el cantor—cubriendo mi cara con sus besos. Ya su amor santo no podrá guardarme contra los peligros que el mundo arroja á los pequeños. Sólo podré llorar en tanto que llegue la muerte para reunirme con mi madre en el Cielo.”

Yo me detuve agitado por la emoción, pues aquellas palabras me llegaban al alma con su apasionado sentido. Creí que se dirigían á mí, que lloraban conmigo la muerte de mi madre. Sin poderlo evitar, algunas lágrimas brotaron de mis ojos.



Luego cesó el canto y una cabeza asomó entre la enramada. Era de una joven tan bella como nunca había visto; sus hermosos cabellos, cayendo en trenzas por sus hombros, hacían resaltar más con su dorado color dos ojos negros, cuya mirada era tan dulce, que atraía como la de un sér amado.

A mí me pareció un ángel que de parte de mi madre me llamaba, y uní tanto mi vista con mi recuerdo, que me olvidé de la tierra que me sostenía, del ambiente que me rodeaba y hasta de mí mismo; de todo me olvidé menos del canto y de la seductora aparición. Un ligero vahído, hijo tal vez de mi debilidad ó de la situación de mi ánimo, obligóme á cerrar los ojos y á apoyarme contra un árbol para no caer. Un momento después sentí el contacto de unas pequeñas manos que golpeaban las mías para darlas calor, y de un dulce aliento que me acariciaba tibio y perfumado, difundiendo un inexplicable bienestar por todo mi sér. Abrí los ojos y vi á mi ángel al lado mirándome con cándida sorpresa.—Gracias, gracias—la dije débilmente tan pronto como pude pronunciar una palabra. Entonces noté en su rostro la más viva alegría, y oí su voz.—Animo, que esto no es nada — me dijo.—Sentíame volver á la vida, dichoso con aquella solicitud,



que antes sólo adivinara. Luego con un suspiro deseché el resto de mi desfallecimiento y me incorporé con trabajo, ayudándome ella. — Venga usted — dijo con dulce voz: — apóyese en mi brazo, que cerca de aquí está mi casa, donde podrá descansar. — Yo la seguí, y pronto llegamos á las tapias de un gran huerto en la entrada de un pueblecito. Larga hilera de árboles conducía á un gran caserón con honores de palacio, á cuya puerta un señor ya de edad avanzada, de aristocrático y fino aspecto, sentado en un banco de piedra, leía atentamente un libro. Al llegar nosotros alzó la cabeza, y luego se levantó, algo extrañado de mi inesperada visita. Díjele mi nombre, le conté el accidente que allí me había conducido, rogándole me dispensara, y él con cortesías palabras me dijo era el Conde de X, y me ofreció todo lo que pusiera remedio á mi repentino desfallecimiento. Yo nada admití, pues el mal había pasado; pero á la vez, por cortesía, y quizás más bien por secreta atracción, en lugar de marcharme senteme á su lado, mientras la joven se colocaba á los pies de su padre. El anciano sonrió al contacto de su hija, y cogiendo su hermosa cabeza con sus descarnadas manos, la besó en la frente. Yo miraba aquella escena cariñosa con el respeto que ins-



pira la vejez guardando á la inocencia. En la fisonomía enérgica y acentuada del padre se retrataba la voluntad, que á nada se doblega, de guardar aquel tesoro; y en el sencillo abandono de la joven leíase la absoluta fe que en el amparo de su padre tenía. Fuí, pues, acogido sin desconfianza ni prevención, á pesar de ser un extraño. A poco yo (que necesito tanto de la dulce expansión del sentimiento) les conté mi vida pasada. Aquellos señores me inspiraban una confianza que hasta entonces nadie había merecido de mí. Allí podía hablar, porque sus lágrimas respondían á mis dolores. El interés con que seguían el relato de mis desgracias me alentaba para continuar quejándome, pues era escuchado cual nunca lo fuí, con el corazón. Ellos á su vez me contaron su tranquila y dichosa vida. Habitaban aquel palacio todo el año, haciendo raras apariciones por Madrid, á pesar de hallarse tan cerca. El extenso parque era el teatro de su pasado y la esperanza de su porvenir. Las flores que producía les servían de adorno, y los frutos los repartían entre los pobres. Tenían sus tierras arrendadas á labradores, que más que dueños, veían en ellos el consuelo de su pobreza.—Nos distraemos—me dijo sencillamente el padre—en descubrir y remediar los trabajos de nuestros vecinos. Regina — continuó dando



un beso á su hija — me cuenta las necesidades de los que me rodean, y así yo, que apenas valgo ya para nada, puedo socorrerlas. Por eso cuando vienen agradecidos les envío á mi hija, y sobre ella caen sus oraciones. A mí me basta, en el poco tiempo que me resta por vivir, con el amor de mi ángel y la bondad de Dios. Ella, que es joven y aún tiene que peregrinar mucho por el mundo, necesita ayuda y gratitud; porque en la tierra, la buena voluntad de los unos pesa mucho en la suerte de los demás.

Regina escuchaba á su padre con los ojos bajos y las mejillas encendidas. Cuando alzó la vista, dos lágrimas cayeron sobre sus manos cruzadas; lloraba en silencio, sin gemidos ni desconsuelo, como se llora un temor lejano cuando se vive en dulce calma.

Las palabras de su padre la entristecían; pero Dios es tan bueno, que no podía desampararles. Estos sentimientos leía yo en su hechicero rostro, demasiado leal para ocultar sus impresiones, como puede leerse en nuestra propia conciencia. Por eso no me sorprendió el ver un minuto después á sus negros ojos desechar aquel velo de tristeza y aparecer jugueteros y alegres como el sol cuando destierra las nubes; su sonrisa, melancólica un momento antes, tornarse en dulce y apacible,

y aquella turbación que enrojeciera sus mejillas convertirse en el risueño tinte de la rosa á quien el sol acaricia y el agua regenera. Con la locura del cariño abrazó y besó á su padre, y yo, envidioso quizás de aquel anciano, me despedí para no turbar con mi presencia aquella escena del Cielo en la tierra. Antes de doblar la colina que me iba á ocultar su casa, oí su dulce voz, que me despedía cantando la misma canción que tanto me impresionaba. Volví la vista atrás y mis ojos la enviaron todo mi agradecimiento.

De vuelta á mi casa, escribo, para sostener más tiempo tan dulces impresiones. Quizás he encontrado ya lo que con tanto anhelo busqué hasta hoy inútilmente: corazones que sepan compadecerse de los dolores ajenos. ¡Dios mío! si me engañara, quisiera no saber la verdad; porque es tan dulce creer en el bien, que á un nuevo desengaño preferiría la muerte.

---





### III

No me engañé; Regina es buena y compasiva; quince días hace que la conozco, y ya adivino lo que es la dicha. Esta niña y su padre llenan poco á poco, con la amistad que me profesan, el vacío que he encontrado hasta ahora por todas partes. Los gustos de Regina son los míos; sus pensamientos se confunden muchas veces con mis pensamientos, y á su lado siento más la belleza y creo más en la virtud que cuando estoy solo. Mas á pesar de que tanto la quiero, es tan tranquilo y tan dulce mi cariño, que no puedo confundirle con otro. Las desgracias han extinguido para mí toda otra pasión que la del puro y divino amor de padre y hermano. Su padre me recuerda el mío, y algunas veces hasta llego á creer que se parece al que me dió el sér, quizás porque todos los padres se asemejan cuando sonríen á sus hijos. En cuanto á Regina, he hallado en ella el consuelo



que me faltaba. La veo con frecuencia y siempre tengo que admirarla, porque cada vez encuentro en ella mayor compasión á mis penas é interés por mi porvenir. La apellido mi hermana, porque no conozco otro nombre que mejor exprese mi cariño. Sin embargo, algunas veces me distraigo y la llamo mi ángel; pero se enfada; ¡como si alguien en el mundo mereciese como ella llamarse así!

---

## IV

Hace tres meses que no escribo, por lo mismo que soy dichoso. Mi corazón ha podido sostener la tranquila felicidad que poseo sin necesidad de hablar en este manuscrito; y así como sus hojas me eran precisas para depositar mi amargura, ahora el palacio del valle vecino es el libro donde se me ofrecen páginas llenas de encanto. Sin embargo, hoy suspendo mi silencio por temor. Ha reposado mucho mi mala suerte, para dejarme tranquilo soñar en un bello porvenir, y aunque sólo apunte aquí mis dolores, también la desconfianza, que es un dolor, debe anotarse. Soy dichoso con ver todos los días á Regina, con leerla capítulos enteros de los libros que más la gustan, con asistirle en el cuidado de su jardín y con admirarla rodeada de bendiciones por su caridad, bendiciones que agradezco como si á mí se dirigieran. Así, sin



desear nada, sin acordarme más que del presente, paso las horas y los días ocupado en amar, sentir y agradecer; pero llega la noche, abandono á Regina, y al volver á mi casa entre tinieblas, guardando en la memoria una querida imagen, pero teniendo sólo á mi alrededor silencio y soledad; cuando me encierro en mi habitación, desnuda de afecciones, de recuerdos del presente mismo que he dejado tan bello un momento antes; pienso primero en lo largas que son las noches, y después en lo breve que es la dicha. Pienso que el pajarillo que ayer cogí alegre y confiado ha aparecido hoy muerto en su jaula; que el rosal que hace dos días ostentaba sus capullos á docenas, esta mañana, falto de riego, ha abandonado sus flores y sus hojas cansado de sus mismas galas; y que, como ellos, yo un tiempo fuí dichoso al lado de mi madre y luego desperté solo y sin el consuelo siquiera de soñar, por que deja más hondas raíces la desgracia que la dicha y no permite el olvido. Todos estos pensamientos, exagerados quizás, pero no locos, me atormentan tanto, que vuelvo á la desgracia con la idea sólo de que pueden abandonarme las nuevas afecciones que he logrado inspirar. Así paso muchas noches: el afán de sustraerme á tan tristes presagios acorta mi agitado sueño; y apenas el

primer pajarillo saluda al día tras de mi balcón,  
ya vuelo adonde me espera el cariño de mi  
nuevo padre y su angelical hija. Con ellos ol-  
vido mis temores, y pasa otro día, tan corto  
para mí como trascurría cada hora antes de  
conocerles.





## V

Vengo tan conmovido, que no sé si podré expresar en este papel todo lo que siento. Si pudiera volcar en él mi corazón, no habría páginas más elocuentes y sentidas; pero ¡ah! el lenguaje siempre es inferior á la idea. Ésta, al ver la luz, se desfigura, pierde su sencilla grandeza, convirtiéndose, ora en ingeniosa, ora en vulgar, y el que con tan pequeña frase ha pretendido expresar tan grandes sentimientos, ó bien, maldiciendo á la pobreza de las lenguas, rompe lo escrito para no escribir más, ó bien se resigna, como yo ahora, á ver transformada toda la poesía que llena su alma en frases que lo mismo expresan el sentimiento que el ingenio, y que acaso éste sabe mejor decirlas, por lo mismo que no las siente. Esta mañana muy temprano volví á casa de Regina y no la encontré. La puerta estaba cerrada y la voz de mi querida compañera no me recibía cantando



como otras veces. No estaban allí; porque, del mismo modo que en el bosque sólo reina el silencio cuando el ruiseñor le abandona, así aquella casa sin vida denotaba su ausencia. Llamé, sin embargo, pero nadie me contestó; busqué por todos lados algo que me indicase adonde se había ido. Entre las rejas de la ventana ví un papel. "Voy, decía, á orar por mi madre; estoy en el cementerio.," Corriendo volví á desandar el camino, crucé la aldea y llegué al camposanto, situado en una hondonada y adornado con algunos sauces, cuyas largas ramas bésaban las sencillas tumbas. En un rincón había una cruz, rodeada de una guirnalda de flores frescas, sobre una lápida de mármol; una persona rezaba ante ella arrodillada; la adiviné quizás antes de verla. Tal era su fervor, que sus oraciones llegaban á mis oídos; me detuve y la acompañé en sus ruegos. Jamás las sublimes frases con que la criatura se dirige á su divino Creador tuvieron para mí tan inspirado sentido. Pronunciándolas al par que Regina, gozaba como gocé cuando mi madre me las enseñó. Si, como tantos otros, las ignorase, toda mi dicha hubiérase convertido en dolor por no saberlas.

Después, con paso lento, salí del cementerio, y andando junto á la tapia me detuve en la es-



quina, para estar más cerca de ella sin que me viese.

Desde allí la oía como si conmigo hablase. Me senté en una piedra, y escuchando aquella voz tan dulce y querida estuve mucho tiempo. Aquel murmullo, que á la vez llevaba una súplica al Eterno y un recuerdo á una madre, llegaba á mí amoroso como el gorjeo de un ave y sublime como celestial armonía. Yo ni quería respirar siquiera para no perder su sonido, y, sin embargo, mi corazón cada vez latía más fuerte. Luego me despertó el silencio. Como la tapia del cementerio no era muy alta, me subí á la piedra y miré. Regina estaba llorando. Creyendo que nadie la veía, tenía sus bellos ojos levantados al cielo, abandonándose á todo su dolor, porque sólo á los mortales se ocultan las lágrimas. No rezaba ya con palabras; pero ¿qué es el llanto ante una tumba sino una oración que se olvida del lenguaje? Temeroso de turbar sus recuerdos, hice un esfuerzo para no saludarla, y esperé mirándola á que ella me reconociese, porque yo nadie soy para interrumpir á un ángel que habla con Dios. De pronto, ¡oh! por aquel instante diera toda mi vida, mi nombre salió de sus labios, y yo, sin poder contenerme ya, grité:—¡Regina, Regina, aquí estoy!—Al oirme bajó los ojos aver-



gonzada, y su linda cara de azucena trocóse en rosa; nunca la ví tan encantadora como en aquel momento. Un segundo después estaba junto á ella trémulo, vacilante.—Gracias, gracias,—la dije, y caí á sus piés. Entonces ella me señaló la cruz y me dijo:—Luis, nuestra madre quiere que recemos, y para esto te llamé; que ante ese sepulcro debe callar nuestro cariño.—Y ¿por qué—la respondí—un amor que envidiarían los ángeles ha de ocultarse junto á otro recuerdo de amor? Tu madre, Regina, que está ya en el mundo en que se conocen las intenciones, ve las nuestras, y nunca vió otras más puras; ¿por qué, pues, no he de abrir mi corazón, que está diciendo: Regina, yo te amo?—Calla, Luis, hermano mío, calla,—me interrumpió ella, mirando á su alrededor con espanto;—sufro mucho;—continuó.—¡Dios mío, Dios mío! ten piedad de mí!—Yo estaba sorprendido al oír sus palabras.—Regina, Regina, ¿qué tienes?—la dije; pero no pude continuar, porque oí detrás la voz de su padre, que me decía:—Buenos días, Luis.—Volví la cabeza cuando entraba por la puerta del campo santo. Parecía muy contento y traía una carta en la mano, que me enseñó, diciéndome:—Vamos á ser muy felices, y usted, que tanto se interesa por nosotros, lo será también. Regina,—



siguió, dirigiéndose á su hija;—basta de rezar, hija mía; tenemos que arreglar la casa para mañana, y quiero que te pongas muy bonita. Pobre niña — dijo, mientras Regina se levantaba lentamente, — estás pálida; ya se ve, la emoción es á veces tan peligrosa como la pena. Si tu madre viviese, todo hoy sería felicidad; pero Dios ha querido que el día tan esperado sea á la vez aniversario de su muerte. — Al concluir lloraban los dos. Yo, que ansiaba saber lo que sucedía, no me atreví á interrumpir sus lágrimas, y callé la secreta inquietud que, á pesar mío, me dominaba. Cuando salieron hacia la aldea les acompañé, y aprovechando un momento en que se adelantó su padre, no pude contenerme y pregunté lo que sucedía á Regina. ¡Oh! sus ojos, al contestarme, me indicaron que era una desgracia para mí; pero sólo me dijo estas palabras, que ahora mismo repito, sin saber lo que encubren: — Luis, ni tú estás tranquilo para saberlo, ni yo tengo fuerzas para decírtelo. No vengas hasta mañana á casa; entonces lo sabrás.

Por primera vez desde que la conozco paso el día solo. Ahora, que me destroza la duda, ella podría consolarme, y no lo hace. ¡Muy grande debe ser la causa para que Regina, que nada me oculta, tema descubrirme lo que su-



cede! ¿Qué será? pregunto en vano, pues sólo me responden mis temores, ávidos, cual nunca, de mi dolor. Quiero desecharlos y no puedo. Pero, si algo nos amenaza, ¡qué es, Dios mío! ¿Qué puede ser que merezca su aflicción? ¿Algún oculto peligro?... junto á ella nada temo; ¿la separación?... ¡Oh! si ella se marchara, ¿qué sería de mí? Pero tampoco, porque no hay sitio alguno adonde no la siguiera quien ama como yo: ella bien debe comprenderlo. ¡Qué será, pues, Dios mío, qué será!

## VI

¿Por qué se me despedaza el corazón? Porque echo de menos las dudas de anoche. Es angustiosa la incertidumbre, horrible la desgracia cierta, pero quizás es peor lo que me sucede. Sentirse desesperado, ver en la muerte el único porvenir consolador, cuando ni ella se va ni nada nos amenaza, cuando puedo seguir viéndola todos los días y casi á todas horas, es ahogarse en la orilla de un mar sereno, es sufrir mil muertes en plena salud. Si yo lograra saber lo que en mí pasa, al menos podría explicarme la causa de mi sentimiento, porque es bien triste padecer sin saber por qué se padece. Lo intentaré; escribiré en este libro paso á paso mis impresiones de hoy, y donde no pueda continuar, allí buscaré el origen de mi desdicha.

Esta mañana, apenas me levanté, marché á casa de Regina. Me esperaba en su jardín, sen-



tada en un banco. Otras veces siempre que nos veíamos corría hacia mí, y en seguida juntos comenzábamos las faenas del día, ya sembrando nuevas plantas, ya regando las flores muertas, que al contacto del agua erguíanse brillantes. Ahora llegué junto á ella sin que me viese. Tenía sus bellas manos entrelazadas, la cabeza caída sobre el pecho y los ojos cerrados. Me pareció que dormía, pero sentí moverse sus labios y oí estas palabras: "Pablo, Pablo, ¿por qué has venido?„ Al principio creí oír mal; pero no, no había duda, eso había dicho. Al momento sentí como una llamarada que me subía á la cabeza. Vacilé y tuve que apoyarme en un árbol para no caer. En aquel instante vi llegar á su padre, acompañado de un desconocido, y oí que me decía: "Luis, este caballero es el prometido de mi hija, que vuelve de América á casarse con ella; si mi pobre mujer (q. e. p. d.) pudiese verle hoy apasionado y poderoso ofrecer todo lo que tiene á la que le ha esperado por tanto tiempo, no habría día más feliz para ella, que siempre deseó unirlos.

No pude oír más ni sé lo que dije; sólo recuerdo que huí por el campo, deseoso sobre todo de apartarme de allí. Ahora aún no me explico lo que he hecho.

Les he debido parecer un loco, y en verdad

dudo si lo soy. ¿Qué cosa más natural que esa unión entre dos jóvenes que se conocían y quizá se amaban desde pequeños? ¿Por qué lloro yo la felicidad de mi hermana? ¿Por qué mi corazón se despedaza cuando descubro un nuevo y risueño porvenir para Regina? Si la amo tanto, ¿por qué dolerme de su ventura? ¿Será mi cariño egoísta? ¡Oh! no, que todo lo que para ella se llama felicidad es para mí placer. Todo menos ese casamiento, cuyo solo anuncio me mata. Me mata, y aún no he averiguado cómo; este sentimiento es nuevo para mí, que sólo he idolatrado á mi madre. Únicamente sé que no se parece en nada á aquel otro. No puedo escribir más, lloraré; en la soledad es permitido llorar al hombre, y quizá con mis lágrimas broten mis dolores para que yo los vea.

---





## VII

Hace tres días que no salía de casa; he buscado consuelo en el olvido; pero si la llevo en el corazón, ¡cómo olvidarla! Esta tarde, no pudiendo contener mi deseo, he corrido á su valle. Si he de padecer viéndola con su prometido, al menos la veré, me decía; porque estaba como el sediento que se arroja á beber el agua que encuentra, aunque sospeche que allí está la muerte. Al divisar su casa, ansioso de mirar lo que no quería ver, me detuve, y á lo lejos distinguí dos personas. Una de ellas era Regina; mi amor la reconoció antes que mis ojos. La otra me inspiró odio, envidia, celos ya; desde entonces todo lo he descubierto. Mi amor no es sólo el cariño tranquilo y dulce de hermano. ¡Desgraciado de mí! Le he permitido apoderarse de todo mi sér, engañado con una palabra que me arrojó para conservar mi ceguera. La llamó hermana mi



voluntad, y yo, orgulloso, creyendo poseer lo que Dios me ha negado, desconocí que el hombre no puede apellidar como quiera sus sentimientos. Así ahora veo desarrollarse mi pasión del mismo modo que en un incendio se alza amenazadora la llama un segundo después de haberse prendido un grano de pólvora, ó como una pequeña nubecilla en el horizonte de un mar tranquilo trae á pocos momentos la furiosa tempestad que sumerge al confiado bajel. Cuando me reconocí enamorado y celoso no tuve valor para continuar mi marcha, y loco, calenturiento, volví á mi cuarto, jurando no volver á verla, ya que mi amor, ante los sacrificios y la constancia del de su prometido, sólo tiene el triste derecho de ocultarse.

---

## VIII

A pesar de mi juramento, la he visto y Dios no me ha castigado. Estaba sola y tan hermosa, más pálida que de costumbre, pero brillando sus negros ojos en su blanco semblante como fuegos encendidos en la nieve, que no pude resistir todo el peso de mi amor y me arrepentí de verla, pues lejos de Regina los celos, esas espinas de la pasión, pueden amortiguarse, mientras que entonces tenía que pensar en la felicidad de su prometido, que es mi desgracia.

Regina me vió y sus ojos se fijaron en los míos, hasta que llegué á su lado. Entonces noté que la sonrisa que siempre la acompañaba era ahora más bien contracción de su linda boca que manifestación de alegría. ¡Oh! El hombre es muy egoísta; yo casi me alegré de su tristeza, porque me creí su causa.



— Buenos días, Regina — la dije, aparentando tranquilidad.

— Buenos días, Luis — me respondió ella tendiéndome una mano, que yo estreché entre las mías convulsivamente.

No pude decir más, porque mi garganta se negaba á articular sonidos. Era tan grande mi emoción al volver á aquellos sitios de recuerdos tan dulces, que mi silencio tenía mil veces más elocuencia que las palabras. Regina, tan expansiva siempre, callaba también ahora, pero yo no podía adivinar por qué. Al fin hice un esfuerzo y la dije con una tristeza que no pretendí disfrazar, porque toda mentira para con ella me parece un crimen:

— Ya sé que te casas, Regina, y te doy por ello mi enhorabuena.

— ¡Oh, todavía no! — respondió precipitadamente, y volvió en seguida la cabeza á otro lado.

Por muy pronto que lo hizo, ví que lloraba, y entonces, sin poder contenerme, me arrojé á sus pies, tomé una de sus manos y dejé hablar á mi corazón.

No sé lo que la dije, ni aun entonces lo sabía, porque dejaba suspirar á mi alma, y estos suspiros brotaban de mis labios convertidos en frases. ¡Oh! Aquellas preciosas lágrimas me



probaron que mi cariño no se había dedicado á una ingrata, y yo estaba reconocido y enamorado, con reconocimiento y amor que se fundían en delirante frenesí.

Regina seguía llorando y yo gemía y hablaba á sus pies como se habla en el paroxismo de la ardiente fiebre, sin disimulo ni fingimiento, como se suspira cuando estalla la más comprimida y enloquecedora pasión. Entonces era dichoso; aquel momento me indemnizaba de antemano de la eterna separación que quizás nos prepara el porvenir. Veía manifestarse al descubierto todo el cariño de que yo con tanta injusticia había dudado. Regina lloraba por mí, y esto bastaba á mi felicidad. Su alma es y será siempre mía, y lo mismo de lejos como de cerca se encontrarán nuestros pensamientos, pues para ellos nada vale la distancia.

Estaba aún de rodillas, cuando oímos un pequeño ruido del lado de la casa. Entonces Regina levantó sus bellos ojos, velados aún por sus lágrimas, y me dijo con voz suplicante: — Vete, Luis, que viene mi padre, pero está seguro de que mi amor te pertenece, y nunca dudes de él, porque será lo mismo que dudar de Dios.

Yo me levanté para cumplir aquel deseo de mi ángel. Ella lo quería; no me cabía otra cosa



sino obedecer. Regina me inspira el cariño más grande y á la vez el respeto más absoluto. Si fuera pagano, la adoraría como á diosa, aunque de seguro no hubiera podido amarla más que ahora.

Antes de marcharme cogí sus manos y se las besé con frenesí una y cien veces.

—Adios, alma mía—me dijo entonces—¿volverás?—Sí—la contesté,—y ocultándome rápidamente, marché á mi casa.

Aquí á la vez suspiro y río, tiemblo y estoy contento. Tal es mi estado, que un minuto después de esperar, desespero. Por eso, si en este manuscrito me contradigo á cada línea, culpa es de mi pensamiento, que cual las olas del mar choca y rompe con sus propias ideas, y vacilante entre el temor y la alegría, pasa pensando el tiempo que para su dicha debiera pasar recordando. ¡Oh! si el recuerdo último se fijara en mi cerebro como algunos se conservan tenaces en la locura, á Dios pediría que me volviese loco para pensar en aquel instante, y sólo en aquel instante; porque mirar al porvenir después de aquel segundo de delicias, es caer en el abismo cuando ya se ha colocado un pie en la cumbre de salvación.

---

## IX

Después de pasar una noche de horrible lucha entre las más encontradas pasiones; entre la conciencia de mi pobreza, que frente á la fortuna de Pablo me exige el silencio, y el delirio de mi amor, que me manda que hable, mi amor ha vencido y hoy mismo veré al padre de mi idolatrada Regina. Seré sincero y leal hasta el fin; le hablaré como se habla á un confesor, como hablaría con mi madre, si un milagro la pusiera delante de mí. Le confesaré nuestro mutuo amor y la desgracia irreparable que hará de Regina una mártir, si se casa con Pablo. Mi lealtad no ha de ocultarle mi pobreza; pero si el trabajo constante y guiado por la más firme voluntad puede algo, yo le prometo que, para asegurar el porvenir de mi amada, he de trabajar hasta conseguir la fortuna que hoy nos falta. Todo esto le diré, y como mi corazón se unirá á mi lengua para convencerle, no dudo



del éxito. ¡Bendito sea el instante en que Regina me confesó su cariño! Antes, quizás el amor propio de mi pobreza hubiera vencido; pero hoy, como ya no es sólo mi dicha la que lucha con mi dignidad, sino sobre todo la felicidad de Regina, mi silencio sería un crimen.

---

## X

Todo lo he perdido; todo, menos la profunda amargura, que ha de durar lo que dure mi existencia, porque le he visto, le he hablado y escuché de su boca palabras que han sido mi sentencia de muerte, y lo que es peor, de muerte sin quitarme la vida. Pero ¿qué digo? yo mismo me he condenado á la desdicha sin fin, porque yo mismo he decidido de mi suerte. Cuando llegué á su casa, antes de entrar en ella vacilé un momento. Me creí un pobre que pretendía una limosna, y mi conciencia de desheredado de la fortuna se levantó poderosa para detenerme, pero pensé en Regina y entré al fin.

El Conde estaba sentado junto á una mesa, leyendo unos papeles. Su lectura debía interesarle en extremo, porque al principio ni siquiera advirtió mi presencia. Cuando al fin levantó la cabeza y me miró, su palidez y la expresión de sufrimiento de su semblante me asustaron.



Un presentimiento me decía que mi dolor se encontraba enfrente de otro quizás tan grande.

Y sin embargo, yo tenía que hablar y hablé. —Amigo mío —le dije— dispense usted si le interrumpo; pero ha llegado el día en que no sólo mi deseo, sino también el deber, me conducen aquí. He venido á hablarle á usted del asunto que más puede interesarle en el mundo: de la felicidad de su hija. Al decir esto callé, porque en mi pecho el maldito orgullo de la pobreza volvía á levantarse imponiendo silencio á mi pasión. Pero todavía logré acallarle, y haciendo un último y desesperado esfuerzo seguí hablando.

Todo se lo conté, mi amor sin límites por Regina. Mis congojas y amarguras. Mi resolución de callarme y de hacer el sacrificio de mi existencia, puesto que mi escasa fortuna no me permitía luchar, y por último mi completo cambio de ideas después de la entrevista con Regina: porque ya no era mi dicha lo que iba á pedirle, sino la felicidad de su hija.

Cuando concluí, oí estas palabras, que jamás se apartarán de mi memoria y que sonaron en mis oídos como deben sonar aquellas que se dirigen á un condenado notificándole el fin de toda humana esperanza.

— Hijo mío — me respondió el Conde, al par



que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas — todo lo que usted me ha dicho ya lo había adivinado. ¿A qué padre tan amante como yo se le oculta lo que pasa en el corazón de su hija idolatrada? Regina ama á usted y usted la adora, ya lo sé; lo comprendí después que hubo llegado su prometido; y sin embargo, la unión de ustedes dos, que en otras circunstancias haría su completa felicidad, hoy, por desgracia, tropieza con grandes dificultades; y usted mismo va á ser juez de su propia causa; porque lo que nunca he confesado á nadie, se lo voy á decir con toda franqueza.

Pablo marchó á América en busca de una fortuna que ha conseguido reunir, y al marchar, todos, incluso Regina, le despedimos con la promesa de que al volver se casaría con mi hija. Ahora vuelve tan amante y cariñoso como cuando se fué, pero no es esta la dificultad más grave. El corazón de mi hija ha variado de afecto, y nadie puede culparla ni exigir de ella el cumplimiento de una antigua promesa de amor. Entonces era una niña, y quizás ella misma se engañó acerca de los verdaderos sentimientos que Pablo la inspiraba. Hoy es ya una mujer, y su corazón es de usted. No puedo ni debo negarlo. El obstáculo mayor no es este; porque al fin, si descubriéramos á Pablo toda la



verdad, y de eso yo me encargaría gustoso, jamás consintiera él en hacer la desgracia de su prometida casándose con quien ama á otro. Pablo es leal y capaz de sacrificarse por la que adora. Le conozco, y sé que tan pronto como lo supiera, él mismo desaparecería voluntariamente, para evitar que su presencia pudiese indicar pretensiones de imposición. Lo sentiría en el alma; pero el tiempo, que todo lo cura, quizás curase su amor.

La desgracia que pesa sobre nosotros es otra; desgracia que, si á mí sólo alcanzase, la sufriría con resignación, pero que tratándose del porvenir de mi adorada hija, me apena y desconsuela. Es, hijo mío, que estoy completamente arruinado; que con la esperanza de grandes ganancias he contraído deudas, y que dentro de quince días todas mis tierras y todo mi capital pasará á manos de mis acreedores, sin que me quede nada en el mundo, nada más que una hija idolatrada en la miseria, y el inmenso dolor de que yo mismo he labrado su pobreza.

En esta tristísima situación,—y al decir esto el pobre padre, lloraba amargamente, y las palabras salían entrecortadas y balbucientes de sus labios;—mi corazón se despedaza, y no encuentro salida alguna; porque casar á Regina con Pablo sería la riqueza, pero al mismo tiempo



quizás el sacrificio de mi hija; y con usted, hijo mío, que es tan pobre como nosotros, ¿cuál sería el porvenir de la que tanto quiero?

Aquí calló el Conde, y yo, que le escuchaba ansioso y que muchas veces estuve á punto de interrumpirle para contestarle: “Padre mío, nó tenga usted cuidado, que el dinero no es siempre la felicidad, que yo trabajaré y haré la dicha de ustedes dos,” al oír sus últimas palabras, el infame orgullo de mi pobreza varió en un instante mi resolución.

Con una frialdad y dominio de mis ardientes sentimientos que nunca hubiera sospechado tener, le respondí, haciéndome verdugo de mí mismo, con estas palabras, que deshicieron para siempre mi felicidad.—Tiene usted razón. Conmigo su hija sería pobre, y yo no he de consentir que por mi causa nadie pueda en ningún tiempo reprocharme su miseria. Que se case con su prometido. Yo sólo soy el estorbo de todo arreglo. A mí me toca desaparecer de aquí. Y sin esperar una respuesta, salí apresuradamente de aquella casa para no volver más.

---





## XI

He estado una semana sin salir de mi cuarto, pasando los días, ora en soñar, ora llorando. La estrechez de mi habitación me ahogaba, pero á la vez mi debilidad me vencía; y aunque deseaba respirar aquel aire tan puro, del que sólo distaba unos pasos, permanecía quieto como el ave moribunda que ve abrirse las puertas de su jaula un momento antes de espirar, mira al campo, endereza su cuerpo pesado, contempla á sus compañeras volar alegres y veloces; pero luego, en lugar de seguir-las, vuelve á dejar caer su cabeza y muere cuando todo la convida á vivir. Hoy al fin he salido, después de resolverme con un penoso esfuerzo. Luego he caminado á la ventura y subido una pequeña montaña, desde donde se descubre un gran horizonte; pero yo no he visto más que un punto blanco en el valle vecino. Allí donde mi vista se declaraba vencida, comenzaba mi pensamiento su carrera, tras-



pasando el espacio y buscando con avidez otro pensamiento que respondiese al mío. Apenas aquella casa ocupaba un espacio en tan inmenso panorama, y sin embargo, ella sola llenaba todo mi corazón. Dentro, mi alma descubría á su compañera. Regina estaba allí; yo la contemplaba bella como el día, con sus negros ojos abrasándome de amor; misteriosa unión de dos almas que se buscan y se encuentran en un punto que ni el astrónomo ni el geómetra pueden hallar.

Absorto en mis reflexiones sorprendiome la noche en la altura, y al notar cómo poco á poco se borraban en las tinieblas aquellos lejanos objetos que tan encantadores recuerdos me ofrecían, sentí un estremecimiento de frío invadir todo mi sér, cual si aquellas sombras se apoderasen al mismo tiempo de mi corazón amante, desvaneciendo para siempre sus últimas esperanzas.

Entonces la infausta realidad apareció ante mis ojos tan desnuda y triste como inevitable. Me pareció el casamiento de Regina y Pablo en breve plazo, quizá á la siguiente semana, una imposición del destino.

¡Y entre tanto mi idolatrada Regina, desconociendo mi terrible sacrificio, me esperaba! Pero yo no debía ni podía volver á verla. ¡Desdichado de mí!

Al fin, tembloroso, desesperado, pero venciendo con enérgica voluntad el impulso casi irresistible que me arrastraba á su casa, bajé casi corriendo la pendiente y volví á encerrarme en mi solitaria mansión.





## XII

No me engañaron mis presentimientos; en esta semana Pablo se casará con la que tanto adoro y yo volveré á quedar solo en el mundo con mis recuerdos y mis amarguras.

El que más teme una desgracia, suele ser el que primero la descubre; así ha llegado ésta á mi conocimiento tan pronto. Ahora que ya no hay remedio, me pregunto: ¿He hecho bien, ó he hecho mal? Mi amor me responde: ¡imbécil!; pero mi dignidad y mi deber son lo primero, porque ante la fortuna de mi rival se alza la consideración de mi pobreza, imponiéndome el más cruel de los sacrificios. Y por más que medito, más me obliga la triste situación en que me hallo. No debo, lo reconozco, sacrificar en pro de mis sentimientos aquello á que me obliga la dignidad; porque bien sé que no me corresponde á mí, pobre, abandonado, ofrecer un porvenir de miseria y de desgracia á la que



posee mi corazón, cuando quizás podrá ser feliz obedeciendo á la memoria de una madre querida. ¿Acaso yo, que hace tan poco tiempo la conozco, tengo el derecho de hacerla renunciar á todo lo que el mundo considera como elementos de dicha? No, no lo tengo; pero aunque tuviera ese derecho, no se lo impondría jamás. La quiero demasiado para ser egoísta. Ella me ama, sí, pero su misma resignación me exige el deber de no quebrantarla, y el contento de su padre la obligación de sacrificarme. Si yo fuera rico, ¡de cuán diferente modo obraría! ¡Oh inexorable poder del dinero, que impone su despotismo aun para con aquellos que le desprecian!

Si mis presagios se cumplen, después de su casamiento marcharé lejos, muy lejos, donde sólo mi dolor me recuerde á Regina. Antes no tengo fuerzas para dejar estos sitios. Como el pobre pájaro ve desde lo alto, estremeciéndose, fija en él la mirada de una serpiente, y en vez de huir se precipita él mismo en su boca, ó como el hombre desde la cima de un monte contempla debajo el abismo con creciente atracción, y cuanto más le mira más le vence ese funesto deseo, hasta que al fin se arroja en brazos de la muerte; del mismo modo yo, que huyendo hoy puede ser encontrarse alivio á mis

penas, suspendo voluntariamente mi marcha hasta que, deshecho el corazón, una vez realizado ese matrimonio que ha de labrar mi desventura, no halle jamás descanso ni olvido, persiguiéndome siempre el recuerdo del triste suceso que voy á presenciar sin poderlo impedir.

A esto llaman misterios del alma, por no confesar que somos muy débiles con nuestras pasiones, y ellas son las que ahora me arrastran con irresistible fuerza á ver á mi amada por última vez, aunque sea frente al altar que ha de unir la con otro hombre.

---





### XIII

Mañana se casa Regina; dentro de pocas horas comenzará mi eterna noche. El cielo está obscuro, surcado por negras nubes; el aire es frío, á pesar de la estación; los pájaros se ocultan entre los árboles como las flores entre las ojas. Todo presagia una tormenta, y sin embargo, no es posible que sus estragos igualen á mi dolor.

No puedo escribir más; necesito ver hasta el fin, porque me devora la impaciencia. Luego depositaré en este libro gota á gota mi amargura, que no ha de faltarme tiempo.

---





## XIV

Todo acabó para mí; hace algunas horas aún dudaba; pero ya la esperanza, la sola compañera del desgraciado, me abandonó para siempre. Desde esta mañana muy temprano he estado oyendo el rápido són de la campana del pueblo vecino. Nunca el anuncio de la muerte me causó tanta pena como sus alegres volteos hoy. Cada uno de ellos hería mi corazón y le destrozaba sin piedad. Esa voz, siempre angustiada, era entonces un cruel enemigo de mi reposo. En el egoísmo de la desgracia alcé la vista al cielo, con el secreto deseo de ver en él señales de próxima tormenta. Estaba espléndido y en calma completa. La tempestad que ayer amenazaba habrá ido á descargar acaso donde se albergue la dicha. Es muy pequeño el hombre para que la naturaleza se ocupe de sus quebrantos ó alegrías.

Cuando ya el sol parecía tocar la cima del



monte que á mi izquierda se alza, salí de casa y marché á través de los campos en dirección á la iglesia. Cuando llegué y entré en ella, el altar mayor estaba más iluminado que de costumbre. Yo me arrodillé en la parte más oscura, detrás de unos pilares, y quise rezar; pero no podía sino ver. Luego oí algunas voces y ví entrar á Regina, acompañada de Pablo, su padre y algunos aldeanos. Su traje era el mismo que llevaba los días de fiesta para oír Misa. ¡Cuántas veces el mismo traje fué testigo de mi admiración y mi contento! Ahora lo era de mis lágrimas y suspiros. Aquel hombre que iba á su lado, satisfecho y alegre, comenzaba á labrar mi desgracia á cada paso que adelantaba en el templo. ¡Oh! nunca podrá existir la felicidad en un mundo donde la dicha de los unos consiste en la desesperación de los otros. ¡Y aún queremos llamarnos hermanos! ¿Será posible que Pablo lo sea mío, él, que me roba á Regina, á Regina, cuyo solo nombre me es más dulce que ningún otro pensamiento? Ella estaba pálida, pero tan hermosa, que al verla, cuando la iba á perder para siempre, tan digna de ser amada, reconocí cuánta fué mi audacia al desear asistir á aquella ceremonia, que Dios instituyó para santificar el amor, pero en la cual los hombres, crueles, se olvidan del cari-



ño para que triunfen otras menos grandes pasiones.

Pronto llegaron al altar y se arrodillaron ante el Sacerdote. No ví más; mi vista se desvaneció y por unos instantes pude olvidar lo que allí pasaba. Un torrente de lágrimas brotó de mis ojos, agolpándose para salir más aprisa. Sin aquel desahogo que me enviaba Dios, hubiera muerto allí; pero aún no era tiempo de acabar con mis penas. Instintivamente miré al altar cuando el Sacerdote bendecía su unión. Era el último golpe, pero casi no lo sentí después de tantas emociones. Cerré los ojos aturdido, y sin saber lo que me pasaba estuve hasta que, no sé cuándo, la voz del sacristán me despertó, invitándome á salir para cerrar la iglesia. Le obedecí apresuradamente, corriendo por el campo como un loco. La costumbre sólo me ha hecho acertar con el camino de mi casa. Esta noche la pasaré fuera de aquí. Sus paredes me agobian con su silenciosa elocuencia. Cuando volvía de verla me parecían tristes, por lo que callaban; hoy son horribles, porque me recuerdan demasiado.

---





## XV

Antes de abandonar para siempre este pueblo, donde creí que no se podía padecer, quiero escribir las últimas impresiones de un loco que merece compasión, si alguien la merece en el mundo.

Anoche salí de casa, y sin sentirlo me encaminé á la suya. Poco antes de llegar conocí mi error y quise huir; pero era ya tarde, pues ya la distinguía y nunca su vista me atrajo como ahora. Todavía por una de sus ventanas entreabiertas se escapaba un rayo de luz, único faro de consuelo. Corrí hacia él; mas luego desapareció y quedé bajo sus ventanas envuelto en las tinieblas de la noche. Aquel débil reflejo alumbraba aún mi alma. Lo vi extinguirse con la desesperación del condenado que pierde su última esperanza. Entonces tuve



deseos de que ahora me arrepiento. A punto estuve de gritar, porque estaba seguro de que mis gritos serían oídos; y sólo huyendo y refrescando mi frente calenturienta con el rocío que la noche me enviaba pude resistir á esa tentación preliminar de otras muchas, cuyo fin no veía, pero que me arrastraban con una violencia casi invencible. Cuando amaneció me encontré lejos, muy lejos de aquellos lugares, testigos antes de todas mis esperanzas y alegrías, y ahora de todos mis tormentos y desgracias. Muy cerca halléme de otro pueblo, al cual me encaminé, resuelto á buscar un medio cualquiera de dejar para siempre aquella comarca. Pero antes de llegar, mis pies se negaron á sostenerme; ardía mi cabeza, sintiendo tal opresión en el pecho, que apenas podía respirar: quizás Dios me concede el único remedio á mis males. A duras penas pude llegar á la humilde aldea enfermo y calenturiento, donde me hallo desde ayer tendido en una cama, esperando que llegue, ó bien la muerte á libramme, ó la ocasión de salir de aquí, resuelto á no volver jamás adonde Regina se encuentre. Si no muero todavía, aunque seguro estoy de que no he de vivir mucho, venderé mi casa y mis pobres tierras para con su producto irme á vivir muy lejos; porque si tengo el derecho de no ol-

vidar á Regina, tengo también el deber de no amargar su vida con mi presencia.

Un enfermo que vive de lo pasado, sólo necesita una cama y sirvientes desconocidos. Éstos, con su indiferencia, no retardarán el fin que tanto espero. Como el peregrino ansioso de llegar al término de su viaje cuenta á cada momento los días que aún le faltan, y al par que quisiera convertirlos en minutos, cree, en su impaciencia, que nunca fueron tan largos, así yo seguiré paso á paso los estragos de mi enfermedad, inquieto, no por sentirlos crecer, sino por lo poco á poco que crecen. Cuando llegue el día del descanso, mi última palabra será su nombre, para que, mientras pueda recordar, recuerde á Regina.





## XVI

Seis meses he pasado sin verla, ¡y aún existo! Seis meses en los que cada día, cada minuto han sido para mí un recuerdo más y una esperanza menos. ¡Oh sarcasmo de la suerte! Ahora que nada necesito y que odio la riqueza, porque ella me robó á Regina, acabo de heredar de aquel mismo tutor que me hizo desgraciado. Al morir, habrá pensado acallar su conciencia y restituirme á la felicidad, devolviéndome lo que me quitó, cuando lo que me devuelve es sólo la memoria de que me lo hubo arrebatado en el tiempo en que podía haberme hecho feliz.

Vivo solo en el campo, en el Norte de España, donde compré una casa, que es mi sepulcro de hoy, y un jardín, que será mi tumba mañana. Entre cuatro cipreses he mandado edificar una capilla coronada por una cruz, augusto símbolo de mi fe religiosa: dentro, en el



suelo, hay una lápida, y debajo de ella se ha dejado un hoyo en que cabe mi cuerpo. Nada más necesito para mi descanso. Sobre la lápida he mandado poner Luis, y en lugar de mi apellido la inicial de su nombre. El desconocido que lea esas cinco letras creerá que allí se encierra la modestia ó la locura. Sólo el que conozca mi historia adivinará en aquella R un amor profundo y desgraciado.

---

## XVII

Vengo de Aguas Buenas, adonde me llevaron para que no muriere aquí; pero, gracias á Dios, vuelvo á ver mi casita y mis recuerdos. Aquí paso la mayor parte del tiempo, sentado en la silla en que mi madre acostumbraba á sentarse, entonando la misma canción con que me adormecía entre sus brazos, ó bien de rodillas en su reclinatorio, rezando lo que rezaba; ella entonces por mi vida y mi felicidad, yo ahora por su alma y su gloria. Otras veces repito el cantar de Regina cuando me conoció; pero siempre, en uno y otro caso, concluyo llorando. Es verdad que mis cantos y rezos se parecen más á gemidos que las lágrimas de otros. Estas son mis únicas ocupaciones. Sólo la venida del médico las interrumpe, pero se va pronto; me toma el pulso, me receta lo mismo siempre, y cada vez me encuentra mejor; son sus palabras, y él no sabe cuánta verdad en-



cierran, porque mejor para mí significa que la muerte se acerca; y esto lo veo en la ineficacia de sus medicinas, en la debilidad que cada vez se apodera más de mí, y hasta en las palabras que el médico dirige á mis criados cuando creen que no les oigo. Si él conociera el efecto que me hacen, me las diría á mí mismo para mejorarme; pero no es posible que un indiferente me comprenda. En este mundo sólo el cariño adivina las penas del corazón cuando la indiferencia ni aun se las explica.

---

## XVIII

Hoy ha amanecido el día triste y nublado. No puedo salir ya de casa; pero he abierto la ventana del jardín y me he sentado junto á ella en la silla de mi madre. Estamos en primavera, y sin embargo, me parece invierno. La nieve que falta sobre la tierra la siento yo aquí dentro. Pocas horas debo vivir ya; el médico quiere ocultármelo y me habla de viajes y de mejoría. Yo sonrío y digo que sí á todo, pero no me engaña. En estos supremos momentos en que nadie se equivoca, reconozco que amo á Regina como antes, mal digo, más que nunca, porque la voy á dejar para siempre. Hasta ahora, al respirar, espero que alguna partícula de mi aliento llegue hasta ella. Contemplo el sol y me reanimo con sus rayos, porque sé que también á ella envuelve en sus resplandores. De noche busco en la luna y las estrellas un punto en donde nuestras miradas se



encuentren; pero luego, dentro de poco, no podré ver ni oír nada que ella vea y oiga, y si busca en la naturaleza un eco á mis suspiros, sólo ha de responderla el ruido de una losa cayendo sobre mi cuerpo. Después todo volverá al silencio que un poco de tierra, al volver á la tierra, interrumpió. Regina, que ignorará mi muerte, quizás pase alguna vez sobre mí, sin que mi cuerpo deshecho pueda repetirla mi amor. ¡Dios mío, qué triste es morir abandonado de todos! Sólo Vos, que sois el padre del huérfano y el consuelo del triste, me acompañáis en mi agonía. ¡Gracias, gracias! ¡Qué desgraciados serán los moribundos que no saben hablar con Dios!

---

## EPÍLOGO

---

Aquí concluía el manuscrito. Junto con él venía una carta arrugada y manchada de lágrimas; decía así:

“Querido Luis: Dios haga que, cuando recibas esta mi primera y última carta, no me hayas olvidado. Te escribo porque me siento morir; pero no me llores; voy á ser más feliz lejos del mundo que aquí abajo. Permíteme que ahora, en el supremo momento en que no se puede ocultar nada, te manifieste una queja que guardo de ti. ¿Por qué, Luis mío, después de nuestra última entrevista, en la que tanto ponderastes tu amor, no te decidistes á luchar contra nuestra desgracia? Pero callabas cuando debieras haber hablado, y mientras que yo me moría de ansiedad y de tristeza, tú ni siquiera volvistes á vernos.

Mil veces he pensado después en la causa de tu conducta, y perdóname si no acierto á explicármela. ¿Será acaso porque eres pobre?



No puedo creerlo; hubiera sido el sacrificio de lo más sagrado, la pasión, para que venciera lo más pequeño, tu amor propio. De todos modos, yo no he dejado de amarte nunca; pero no me correspondía á mí, débil mujer, comenzar la lucha cuando tu huías de ella. Mientras tú callabas, ¿qué recurso me quedaba sino callar también? Y el abandonarme en aquellos decisivos momentos, ¿qué otra cosa podía significar que tu indiferencia ó tu conformidad con mi desgracia?

„Sola, sin tu amparo, y ante las lágrimas y súplicas de mi pobre padre, me sacrificué á la necesidad apremiante que le abrumaba.

„Después he llorado mucho, sin poder olvidarte nunca; mi único consuelo era la oración al Dios de los afligidos, y su misericordia me envía la muerte para que descansase de mis penas.

„No puedo ya sostener la pluma, y aún tengo muchas cosas que decirte. ¡Quisiera escribirte tanto, ahora que, al marcharse la vida, recobro la libertad de descubrir mis más ocultos sentimientos!

„Pero mis fuerzas se acaban. Adiós, Luis. ¡Quiera el Señor que, por nuestro sacrificio, merezcamos reunirnos en el Cielo! —REGINA. „

NOTA FINAL.

Esta carta de Regina, acompañando al manuscrito de Luis, y que éste debió recibir poco antes de su muerte, me sumió en honda tristeza al ver en tan triste historia reflejado el poder de la desgracia en este mundo.

Involuntariamente pensé en la desventurada suerte de Luis, que le impulsó á ocultar á su amada la entrevista con el Conde, entrevista que Regina debió ignorar toda su vida, á juzgar por el contenido de su carta. ¿Quién sabe si el desenlace habría sido feliz y en un todo distinto de lo que desgraciadamente fué, si Regina, asistiendo á la conferencia decisiva, hubiera vencido el orgullo de Luis con las armas de su amor, y el equivocado raciocinio de su padre con la expresión de sus propios sentimientos?

Pero bien pronto deseché, como creyente, tan dolorosas conclusiones, recordando el hermoso verso de Argensola:

Ciego es la tierra el centro de las almas.

En cuanto pude fuí adonde reposaba el cuer-



po de mi amigo. El jardinero me contó que una hora antes de espirar su amo recibió la carta, y murió besándola y regándola con sus lágrimas.

Al fin he logrado comprar la posesión del pobre Luis. También sé dónde está sepultada Regina, y espero trasladar su cadáver para que ambos duerman en paz bajo la misma losa. Sólo tendré que añadir cinco letras sobre ella para completar el nombre de los dos amantes.

FIN

